

El viejo Ramírez bajaba las escaleras de la casa de Quiroga cada tarde, acompañado de los dos caniches malhumorados de la mujer de su jefe que tiraban impacientes de la correa sujeta por su mano firme mientras que, con la otra, se tocaba el ala del exquisito sombrero panamá, adquirido muchos años atrás, mucho antes de la guerra con los norteamericanos y los criollos, en la pequeña ciudad cubana de Febres Cordero. Se trataba de un gesto idéntico, habrá de recordar el viejo escritor años después, al de todas las tardes, dedicado exclusivamente a Carmen, quien con desdeñosa elegancia y pese a llevar trabajando un mes por las mañanas en casa de Quiroga, la misma casa donde vivía el viejo Ramírez, ignoraba el detalle caballeresco sin aflojar sus pasos cuando regresaba de la academia de corte y confección, dos calles más abajo, luego de haber pasado la mañana cocinando y limpiando para el matrimonio que cobijaba al anciano fanfarrón, a cuyo saludo no correspondía nunca, como era preceptivo en una señorita de su edad, tal vez no bien educada, pero sí acostumbrada a sentir cómo los hombres deslizaban la mirada subrepticamente al barruntar sus pasos. Los dos caniches, azuzados por los celos que les provocaba la indiferencia del criado de su dueña, emitían de repente unos ladridos histriónicos, unos aullidos ridículos al tiempo que tiraban de súbito con fuerza inaudita, amenazando el equilibrio del hombretón que aún sostenía el

Los mejores años

Andrés Pérez Domínguez

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Cecilia Belchí Arévalo, presidenta; Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

Andrés Pérez Domínguez
I. E. S. "José Luis Castillo-Puche" .

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".
Diseño colección: Victoria Carpena.
Imprime: Yecla-Grafic, s. 1.
I.S.B.N: 84-922411-7-9.
Dep. Legal: MU-88-2002.

Así, pues, he pensado que los libros podían servir de ayuda.

Ray Bradbury. *Fahrenheit 451*.

Este libro se terminó de imprimir
el día 23 de Enero de 2001,
festividad de San Ildefonso,
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO

sombrero unos centímetros por encima de la cabeza poblada de rizos plateados, sin dejar de contemplar el suave balanceo de las caderas de la muchacha cuando se adentraba en el puente.

El viejo indiano fanfarrón era para ella tan indiferente como los areneros que, sin soltar las sirgas, se la quedaban mirando desde la cubierta de las barquitas de vela cuando pasaban bajo los arcos del puente en dirección al Muelle de la Sal. Ramírez, con presencia de ánimo, tragó saliva y, espoleado por los perros, se encaminó hacia la calle que discurre paralela al Guadalquivir, desde donde aún pudo ver a Carmen contoneándose por la orilla opuesta durante unos minutos, hasta que llegó a la altura de la Torre del Oro y giró a la izquierda. Cuando la perdió de vista, se despojó del jipijapa y se mesó la tupida cabellera. Es un largo paseo, pensó ahora igual que lo había hecho otras veces, antes de que la muchacha entrase a servir en casa de su jefe, cuando, igual que Quiroga pero por diferentes motivos, la observaba a escondidas al tiempo que hacía saltar distraídamente en el aire, con un leve chasquido de los dedos, el falso amadeo de plata que guardaba en el cinturón para las apuestas de los casinos de la calle Sierpes. Una caminata demasiado larga para una mujer tan hermosa; una pena que ni siquiera tuviera los quince céntimos para pagarse el tranvía. Tanto le gustaba que maldijo en silencio el día que la muchacha aceptó el trabajo.

Luego, cuando los animales se cansaron de olisquear adoquines y de molestar a todos los viandantes que habían osado acercarse, provocando, por culpa del agudo sonido de los ladridos ridículos, un incómodo rubor en sus mejillas, el viejo indiano regresó de vuelta a la casa de dos plantas donde vivía desde que regresó de América, al servicio, veintitrés arios iban ya, del matrimonio Quiroga.

El marido, su jefe, llevaba meses sin salir a la calle. Tenía

trece años más que Ramírez y, debido a la extrema palidez de su piel, aparentaría el aspecto de una momia viviente si su oronda panza no se desparramara ampliamente por debajo de la ingle. Pasaba los días asomado a la ventana, esperando el final que nadie puede eludir mientras su mujer devoraba compulsivamente, como si le fuera la vida en ello, las novelas que el criado le compraba cada viernes, mirando a las muchachitas —por supuesto a Carmen, para eso la contrató— que cruzaban la calle camino de la academia de corte y confección, mujeres jóvenes a las que de buena gana les ofrecería su brazo para pasear si el exceso de años y la artrosis incurable que le había retorcido como dos columnas salomónicas los huesos de las piernas llenas de varices que azulaban su piel nívea no le impidieran caminar, incluso tenerse en pie, si los achaques no lo retuvieran enclaustrado en la tercera planta de la casa que había comprado tras vender sus propiedades en la Pampa para regresar a España.

Lo malo de llegar a ser tan viejo como Quiroga, se decía Ramírez, era depender de los demás. A sus años, luego de haber mandado docenas de trabajadores en Suramérica, apenas se podía lavar sin la ayuda de su esposa o tal vez, y esto Ramírez prefería no pensarlo, sin la dulce colaboración de la criada. Lo único que le quedaba en la vida, aparte de una exigua fortuna, era una mujer gruñona que se pasaba las horas devorando las novelas que su criado con ademanes de señorito, casi tan viejo como él pero mucho mejor conservado, le compraba cada viernes en la librería del alemán. Un criado al que dejaba vestir sus trajes obsoletos y vivir en la planta de abajo a condición de que sacara los perros y a su mujer a pasear, mientras él distraía las horas con Carmen, tratando en vano de mitigar el dolor de sus huesos retorcidos como ramas viejas.

—¿Usted lee?

La pregunta me ha parecido traicionera, aun de mal gusto. Sobre todo si uno tiene ya bastantes años para ser venerado como un anciano escritor. Me ha pillado por sorpresa, inclinado sobre la mesa donde se amontonan las novedades, recién estrenadas mis nuevas gafas de montura dorada. Después de haber ordenado el montón de libros para que fuera visible entre el resto de las novedades, leía, pese a sabérmela de memoria, no en vano la he redactado yo mismo, la solapa de mi último libro, aunque, a decir verdad, se trata de un libro que habla sobre mí, las memorias que los lectores, y sobre todo el editor, llevan tanto tiempo esperando. Aun así, puede decirse que éste es mi último libro, no en vano he sido yo quien se ha pasado muchos días conversando con el autor mientras nos vigilaba el piloto rojo de una minúscula grabadora, después de exigir, bajo contrato, la potestad de corregir lo que me viniera en gana al revisar las galeradas. Además, mi rostro repleto de arrugas colma la portada y hoy, primer viernes de abril, he salido de librerías como había hecho antaño cuando aparecía una nueva novela mía. Aquellos momentos, igual que éste, no eran más que meros ejercicios de vanidad, pero no me avergüenzo de ello, lo reconozco abiertamente, es más, lo asumo como un intento de calmar los ataques de ansiedad que padezco al exponer mi alma ante miles de lectores cuyos rostros han sido anónimos hasta enfrentarme a ellos en las librerías de la ciudad, estrechando manos de admiradores desconocidos y firmando ejemplares, lo hacía de una manera espontánea, como si no hubiera premeditado escrupulosamente el recorrido por cada una de las librerías más conocidas. Después de todo, a la gente le gustaba, y a mí también, por tanto, qué podía haber de malo en presumir un poco. Además, cuando era más joven — no es que me considere un anciano, todavía no, pero enfilando

setenta y ocho ya no es lo mismo—, como forma de ligar lo encontraba mucho más original que acodarme en la barra de un club repleto de humo y de muchachos rebosantes de musculatura tonificada por agotadoras sesiones de gimnasio para guiñarle el ojo a una jovencita que jamás habría leído uno de mis libros.

Es uno de los agradables problemas de la fama: cualquiera se te puede acercar por la calle o en una librería, y el caso es que la viejecita no se me ha arrimado por mi notoriedad o por mi fama, sino porque la chaqueta a cuadros con coderas de piel y las gafas redondas con montura dorada tal vez me barnizan con la suficiente solvencia para poder recomendar un libro. Al menos, valga un último consuelo, aún parezco un intelectual.

Hacía falta una muchachita para ocuparse de limpiar la casa y de cocinar, puesto que la mujer de Quiroga estaba casi tan desahuciada como su esposo para las tareas domésticas y sólo salía a la calle para sentarse en la terraza del Kiosco de las Flores, los días de sol, resguardada la piel delicada bajo una sombrilla, sujetando el brazo del circunspecto Ramírez, que se tomaba aquella obligación como un inconveniente más del único trabajo que le quedaba por hacer en la vida: servir a los Quiroga hasta que dejaran este mundo, lo cual, sobre todo teniendo en cuenta el precario estado de salud del marido, no tardaría mucho en ocurrir.

Al principio Ramírez se había resistido a hablar con Carmen. A sus años se sentía tan nervioso como un adolescente. La había observado durante tantos días, antes de que Quiroga le ordenase proponerle el empleo, que ahora no se atrevía a dar el paso, quería dilatar todo lo posible el momento de abordarla por la calle y ofrecerle trabajo. Le daba miedo su

reacción, y le daba miedo que respondiera que sí, aunque deseara intensamente que aceptase la oferta de Quiroga. Le temblaban las piernas por el solo hecho de pensar que podría verla más a menudo, que podría tenerla tan cerca todos los días.

Las mujeres, Ramírez estaba seguro de que las mujeres era lo único que su jefe echaba de menos en aquella cárcel en que se había convertido su vida los últimos años. Ya lo había visto asomar la nariz alguna vez por la ventana al escuchar los ladridos de los perros que sacaba a pasear. Sabía que aquélla le gustaba especialmente, a quién no: el pelo largo, negro, ensortijado, la piel morena, esa forma de andar lenta, calculada con precisión matemática para acelerar el corazón de los hombres. Le recordaba, aunque resultaba evidente que las superaba, aquellas mulatas esculpidas a mano con las que Quiroga acostumbraba a retozar cuando era más joven. Nunca, ni siquiera en los años que pasaron en el Río de la Plata, había encontrado mujeres como ésas, y ahora, cuando no era más que un despojo humano, aquella muchacha pasaba dos veces al día por delante de su ventana. Ramírez jamás la había visto alzar los ojos, antes de sospechar que su jefe, igual que él, la observaba a diario. Vivía en uno de los suburbios de la ciudad, de eso no cabía duda, caminaba varios kilómetros todos los días para aprender a trabajar como costurera, y jamás la había visto subir a un tranvía, ni siquiera los días de lluvia.

Pero un día llegó el momento de hablar con ella: Quiroga no era la clase de persona a la que gusta repetir las cosas. Ni su deteriorada salud ni los años habían mermado un ápice aquel vozarrón autoritario con el que había atemorizado a capataces y trabajadores de sus tierras durante más de cincuenta años. Además, Ramírez no estaba en situación de discutir las órdenes de su jefe, trabajaba para él

quedado en algún recodo del camino hacía ya mucho tiempo. Al fin y al cabo, se consolaba el viejo Ramírez, para casi todo el mundo el rico indiano era él: él se encargaba de las cuentas, él hacía la compra, él era quien vestía como un elegante hacendado, y él era quien paseaba a su mujer con resignación de marido jubilado. Incluso podía disponer de un dinero propio para tomar alguna copa y jugar a las cartas o al dominó en los casinos de la calle Serpes de vez en cuando, lo cual, bien pensado, para alguien que pasa de los sesenta y no espera de la vida más que las migajas que la muerte de Quiroga esparciera sobre él, no estaba mal del todo.

Pese a su apariencia falsa de acaudalado hacendado regresado a Sevilla después de haber pasado más de media vida en muchos lugares de Suramérica a los que se refería anteponiendo el artículo colonial, "La Argentina", "El Perú", "Las Antillas", llevaba una billetera de piel de caimán, gastada por el tiempo, cuyo contenido nunca merecía el continente cuando la abría para pagar la consumición de la mujer de Quiroga en la terraza. Los tres, Quiroga, su mujer y el viejo Ramírez, componían una rara hermandad simbiótica, en la que cada uno sacaba tajada del otro: Ramírez tenía alojamiento y comida y Quiroga disponía de alguien que se ocupase de entretener a su esposa las pocas veces que ella se cansaba de leer.

Aquella primavera del treinta y seis, poco después de las elecciones que dieron la victoria al Frente Popular, a lo único que aspiraba el viejo Ramírez era a vivir tranquilo, a pasear vestido con su impecable traje blanco, tocado con aquel precioso jipijapa que se enorgullecía de haber comprado él mismo: ni siquiera Quiroga había tenido uno como aquél, y lo había mirado con envidia alguna vez. Durante años jugó con

gustaba dejarse arrastrar por la amargura, ya era demasiado tarde. Cuando Quiroga sintió la llamada de la madre patria, algo que a todos los emigrantes les ocurre alguna vez, y a medida que van haciéndose viejos el reclamo de la tierra se convierte en un aullido tan irresistible como el canto de una sirena, Ramírez llegó a la conclusión de que tal vez por haber vivido en tantos lugares ya no pertenecía a ninguno, y que, a su edad, puestos a elegir, prefería la comodidad de acompañar a Quiroga durante sus últimos años, no en vano llevaba mucho tiempo con él, que buscarse los cuartos en otra hacienda donde, con los sesenta a la vuelta de la esquina, le iba a resultar difícil ser considerado en toda su valía.

Pero había una mirada a la que no se le escapaba detalle de la verdad del viejo Ramírez. Alguien sabía que nunca fue un rico hacendado, sólo tenía que verlo en compañía de aquella mujer que, aunque no lo avejentaba en más de una decena de años podría haber pasado por su madre. El hombretón imponente, pese a no perder aquella apostura de galán caribeño, a poco que esos ojos se fijaran, se transformaba en mera comparsa de la señora, cuando sentados en la terraza corría a por limonada porque el camarero se demoraba en atenderlos. Después de que Quiroga contratase a Carmen soslayando la mirada furibunda de su esposa, Ramírez siguió cumpliendo con resignación el doloroso requisito de bajar a hacer la compra al mercado situado junto al puente, aunque siempre enjalbega-do con el traje color marfil. Las verduleras cuchicheaban preguntándose si aquél era el único traje que tendría, o cuántos trajes iguales habría guardado a lo largo de toda su vida. No sabían, y la apariencia de Ramírez condicionaba su razonamiento, que toda la ropa pertenecía al marido de la señora, que acostumbraba a descargar sobre Ramírez toda la furia que le bullía por dentro cuando se acordaba de que su marido estaba

solo con la muchacha en su casa. Por eso lo había humillado alguna vez en presencia de Carmen, con la certeza de que al criado se le aceleraba el pulso cuando la jovencita estaba cerca; lo miraba fijo la mujer de Quiroga al descubrirlo siguiendo el balanceo del culo de la joven con los ojos. Entonces, la vieja se vengaba avergonzando a su criado y, más de una vez, cuando estando los dos sentados en la terraza pasaba la muchacha junto a ellos, los ojos del viejo Ramírez recorrían desesperados la plaza hasta encontrarse con los del librero alemán, al otro lado del escaparate, y éste veía miedo, era la única persona del barrio, y Ramírez tenía claro, aunque no podría decir por qué, que sabía todo sobre él, lo que sentía, lo que quería, lo que iba a hacer el instante siguiente, igual que sabía que era un hombre venido a menos, un tipo acabado que, a pesar de su apostura y de no ser aún demasiado mayor, ya contaba con demasiadas derrotas en la vida, un fracasado, porque ya no sabe ni puede vivir de otro modo, alguien que ha malgastado su vida trabajando para el marido de la vieja y, ahora que la fortuna de éste se vino a menos, ya no sabía adónde ir, y la siguió hasta su España natal de donde hacía tantos años se había marchado, al Sur, a Sevilla, adonde ya no le quedaban ni familia ni amigos. Ramírez estaba seguro de que el alemán lo sabía todo, incluso de que seguiría a su amo hasta el fin del mundo por la sencilla razón de que no tenía donde caerse muerto.

—¿Usted lee?—insiste la mujer, que pese a tener más o menos la misma edad que yo, se me antoja una anciana. Como todo el mundo, no me resigno a la idea de hacerme mayor, y aún me tiño el pelo con el mismo esmero que si tuviera treinta años menos, voy a que me lo recorten cada quince días y procuro andar erguido, igual que lo hacía el viejo Ramírez sesenta años antes, para disimular el paso de los años.

Pero estaba claro que la mujer no había leído ninguno de mis libros, o, tal vez, si lo había hecho, no se había detenido en fijarse en la fotografía de la solapa.

—Por supuesto que sí —respondí orgulloso, esgri miendo mis memorias frente a los ojos de la señora para que pudiera comparar mi rostro con el de la portada. "Las memorias de un talento", reza en letras doradas y enormes—. Constantemente —añadí, esperando que por fin se percate de que la cara sonriente de la cubierta y la mía son idénticas.

—Entonces, ya que usted lee —replica decidida, sin prestar atención al retrato encuadrado en la portada del libro—, recomiéndeme uno.

Durante unos instantes sopeso el que tengo en las manos y me, dispongo a hacer publicidad del mismo.

—Este es de los buenos, un libro estupendo.

La anciana me lo arrebató con un gesto brusco y calcula el peso antes de abrirlo y acercárselo a pocos centímetros de los ojos. Al cabo, me lo devuelve acompañando la entrega con una enérgica sacudida de cabeza.

—Muy gordo —puntualiza con desdén— y la letra demasiado pequeña.

—Vaya por Dios.

Demasiado grueso el libro. Tal vez tenga razón. El caso es que podía haber dictado otro volumen con tantas o más páginas que éste. Sólo habría sido preciso tirar de la madeja con suavidad para recordar aquellos meses antes de la guerra, cuando trabajaba por las tardes en la Librería Stern y conocí al viejo Ramírez, cuando, igual que el indiano, me quedaba boqueando como un pez fuera del agua al contemplar el bamboleo de las caderas de Carmen. Más de una noche, solo en casa, evocando aquel movimiento conspicuo de la mucha-

mágica del conticinio, mientras la ciudad duerme, tranquilo y relajado, he vuelto a situarme en aquella plaza, en aquel mundo que vi a través del cristal de la librería, y, lo juro, siempre, igual que si tuviera de nuevo catorce años, he sentido de nuevo, durante un instante fugaz, la ráfaga helada de los ojos de Stern traspasándome la nuca.

Era una de las primeras tardes que el muchacho pasaba trabajando en la Librería Stern. Con las rodillas desnudas sobre el suelo de madera desembalaba libros impresos en un idioma que no entendía y, abstraído mirando los acontecimientos al otro lado del escaparate, dejó de sentir por unos instantes el hielo de los ojos azul claro, casi transparentes, ensartándole la nuca, como una ráfaga de nieve que le advirtiera de su presencia. Pero ahora estaba seguro de no sentirlo, porque su jefe no tenía los ojos clavados en él, sino en Ramírez, a quien verá repetir el mismo acto casi todas las tardes, entre las cinco y las seis en invierno y entre las seis y las siete en primavera (el viejo escritor echará de menos el resto de su vida aquellos años en los que la vida aún se regía por la Hora Solar), cuando las tardes se estiren prolongando la luz refrescada por el olor del azahar de los naranjos plantados en la avenida que discurre paralela al río, un aroma que se colaba dentro de la librería, invariablemente, los primeros días de primavera cuando un cliente se dejaba caer para comprar alguna de las tres clases de volúmenes establecidas por Stern. Una sola vez escuchó al alemán mencionar una cuarta clase de libros, en voz baja y ante la atenta mirada de Ramírez, pero no una de aquellas primeras tardes que empezó a trabajar para él, sino varias semanas después, cuando ya sentía por el viejo indiano fanfarrón el mismo cariño o la misma empatía que Stern, quien, resignado, suspiró al oír los ladridos, nuso un dedo como señal en el libro que estaba leyendo

sentado junto al agradable sol que bañaba el escaparate y sacudió la cabeza al contemplar cómo el viejo Ramírez seguía con la mirada el camino de Carmen mientras los perros inmisericordes tiraban de él hacia el lado opuesto. Stern se levantó despacio, luego de rascarse la barbilla y sacudir la cabeza de nuevo, con el dedo aún dentro de las páginas del libro, y agachó la cabeza para ver mejor la ventana de la última planta del edificio donde vivía el entrañable fanfarrón, para asegurarse de que Quiroga no se había apoyado en las muletas tratando de averiguar la causa de la algarabía. El caso es que, cuando terminaban las clases en la academia de corte y confección y Carmen campaneaba las caderas frente al escaparate de la librería, era como si de repente amaneciera. Pocos minutos después, si no había clientes dentro y la librería estaba en silencio, si el muchacho aguzaba el oído, podía escuchar los silbidos de los tenderos del mercado al verla pasar. Aquel suave balanceo de caderas, pues, no pasaba desapercibido a nadie.

—Recomiéndeme otro.

Me encojo de hombros sin saber qué contestar: treinta años publicando novelas de éxito, docenas de semanas en las listas de los más vendidos de un puñado de países y no se me ocurre nada original que responder a una vieja impertinente. Por encima del cuerpo encorvado de la mujer echo un vistazo a la calle. Es viernes por la tarde, como entonces, un guiño irónico del destino. La librería empieza a llenarse de gente. Algunos clientes me señalan con el dedo, dos jovencitas aguardan a una prudente distancia esperando el momento oportuno para abordarme, pero aquí estoy yo, varado frente a la viejita sin saber qué responder.

—Sólo hay tres clases de libros —le digo, por fin. Y la

repente a los meses que trabajé para el enigmático Stern. Siento de repente el vigor de la juventud tensándome la piel, la sangre batiendo fuerte, como si volviese a oler el jazmín en el pelo de María la noche de principios de verano que fuimos al cine Capitol. María, a pesar de haber pasado tantos años y de haber cambiado tanto, no puedo reprimir la nostalgia que ya no me abandonará en toda la tarde. Me lamentaré después, cuando regrese a casa, y no podré dejar de recordar aquellos tiempos, los mejores, o quizá, habré de consolarme luego, lo de menos es que aquellos años fueran buenos o malos y lo que de verdad me entristece es recordar los catorce años que tenía entonces, y volverme a sentir enamorado como el chaval de catorce años que era, o sea, hasta los higadillos, de una niña de mi edad. Tanto me gustaba que, para ser correspondido, incluso llegué a embadurnarme de miel y de agua con flores porque Ramírez me contó una vez que se trataba de un remedio infalible.

Para el muchacho la Librería Stern era el sitio ideal donde pasar las tardes de aquel invierno. Más de una vez se había retrasado al volver a casa después del colegio, el tiempo parecía detenerse una vez que cruzaba el puente y se quedaba embobado durante largos minutos frente al escaparate del negocio del alemán.

Fue así como empezó a trabajar para él, una tarde del otoño de 1935, cuando, siendo un mozalbete, había un par de cosas que al chiquillo le preocupaban más que la guerra inminente: pensaba en María constantemente, a todas horas, no podía evitar quedársela mirando cuando la veía jugar con las amigas en la acera. Y también pensaba en los libros, en los libros de la Librería Stern: nunca antes había visto tantos volúmenes

anaqueles de la Librería Stern, se le borra de la memoria la impresión que le causó ver tantos ejemplares juntos por primera vez en su vida, el olor que inundó sus fosas nasales el día que se atrevió a abrir por primera vez la puerta acristalada del local, antes aun de escuchar el tintineo de las campanillas, después de haberse puesto de puntillas sobre la acera, frente al vidrio, para escrutar el interior que lo atraía como el sonido de una flauta mágica. Stern estaba sentado junto al escaparate rematado a media altura por una espesa cortina. Apoyó el mentón en la mano y se le quedó mirando. La gente recelaba del anciano alemán que llevaba un par de años instalado en el barrio, pero el muchacho ya se lo había cruzado alguna vez y no le pareció ningún monstruo, aunque algo inquietante, eso sí, y se preguntó si no tendrían razón quienes lo afirmaban cuando el alemán lo traspasó con aquellos ojos azules, casi transparentes, helándole el espinazo.

—¿Qué quieres, hijo?

Su voz también le dio miedo, o tal vez el acento que los pocos años que llevaba viviendo en Sevilla no habían logrado pulir. El chico apenas esbozó un monosílabo ininteligible, retrocedió unos pasos y trastabilló al chocar con una mesa, antes de abrir la puerta, despavorido, para marcharse. Cruzó la calle y, mientras alcanzaba la otra acera, sintió cómo aquellos ojos le ensartaban la nuca. Tenía miedo, no esperaba que fuera a tenerlo, pero sentía miedo. Pese al pánico que se tradujo en forma de hielo en la parte posterior del cuello se volvió para comprobar que Stern se hallaba de nuevo enfrascado en su lectura, acomodado en la butaca, indiferente a él, antes aun de que hubiese tenido tiempo de llegar al puente.

En casa del muchacho, su madre era la única que lo

por la mañana, después de preguntar a los vecinos dónde vivía el chico, para regalarle un libro. Dio un puñetazo en la mesa y se acabó la discusión, pero la madre ya se había comprometido con Stern, le prometió dejarlo ir a la librería todas las tardes que quisiera, pensaba que estar entre libros no le vendría mal a sus estudios. Le acarició el pelo para consolarlo después de que su padre se levantara de la mesa vociferando. Le dijo que podía ir a la librería si quería, que su padre al final acabaría aceptándolo. Lo que pasa, le explicó, es que está preocupado por todo lo que está sucediendo. El gobierno de Lerroux aún no había arrojado la toalla, pero se rumoreaba que pronto habría elecciones, seguramente a primeros de año. Al muchacho aún no le interesaba la política, ni siquiera la comprendía, pero había visto muchas veces al padre de María hablando en la consulta sin preocuparse por la ideología que profesaran sus pacientes a los que no le preocupaba atender gratis si no tenían medios económicos. El padre de María estaba convencido de sus ideas, y aunque aún tardará el niño algunos meses en verlo junto al edificio de Telefónica de la plaza Nueva aplaudiendo sin remilgos a los hombres de la M.A.O.C. que entraban desfilando desde la avenida de la Libertad, no le cabía duda de que sus convicciones progresistas eran directamente proporcionales a su falta de prudencia: hasta en el casino lo había visto levantar la voz y, ante la vehemente dialéctica del hombre, no pudo evitar que alguna frase se le quedara grabada. Intuía que habría problemas, y muy pronto, porque su propio padre, provisto de una tendencia natural a la melancolía, llevaba meses barruntando el desastre, ya lo venía diciendo desde hacía tres años, cuando lo de Casas Viejas, y lo tuvo claro cuando lo de Asturias. Su padre era la antítesis del padre de María: aquél siempre expresaba sus opiniones de viva voz, donde le viniera en gana,

cada vez que la prensa contaba los detalles de algún disturbio o un columnista expresaba su opinión pesimista sobre el futuro, optaba por sentarse junto a la ventana mientras veía pasar la vida, con una copa de coñac en la mano, de la que bebía despacio, intuyendo —cuando el viejo escritor lo recuerda los pensamientos de su padre se le aparecen tan nítidos como si fueran propios— la guerra que no tardaría en comenzar.

—Pero —preguntó la madre, para concluir—, ¿estás seguro de querer pasar todas las tardes junto a ese hombre tan raro?

La librería Stern apareció una mañana de la misma forma repentina y misteriosa que su dueño desapareció tres años más tarde, pocos días después del comienzo de la guerra. En los mentideros de la calle se decía que un rico alemán había comprado la casa pocos meses antes, unos dos años después de que el jipijapa del viejo Ramírez se convirtiese en un elemento tan habitual del barrio como las fachadas encaladas, los balcones enrejados o los azulejos policromados. Tenía el germano la nariz ganchuda, para aseverar su origen judío, y las cejas tupidas bajo las que los ojillos azul claro, rebosantes de inteligencia, irradiaban una vitalidad que a duras penas se correspondía con su edad. Había comprado una casa vieja y mandado habilitar la planta baja como librería, justo enfrente de donde vivían Quiroga y su criado, el viejo Ramírez, y había mandado reconstruir un pequeño apartamento en la primera planta. Una mañana, mediado el año treinta y tres, la fachada amaneció adornada con un rótulo donde se anunciaba en letras góticas: "Librería Stern". Contaba la gente que el viejo judío había llegado de noche, sentado junto al conductor del camión que había transportado sus pertenencias y sus miles de libros desde

Pero cuando el niño empezó a trabajar para Stern la librería ya no era lo mismo que fue al principio. Ya no había tanta mercancía como en los primeros tiempos de la librería, porque el dueño, avizorando el desastre inexorable, ya había tomado la decisión de cerrar el local. El alemán ya se había dado cuenta de que no era un buen negocio y había resuelto liquidarlo, poco a poco, pero sin tirar los precios, comprando sólo los libros difíciles de encontrar que algunos clientes exigentes le encargaban.

Pese al irremediable declive del comercio, al muchacho se le pasaba volando el tiempo que pasaba en la Librería Stern: limpiaba el polvo de las estanterías, como quien abre un tesoro desembalaba pedidos de ignotas partes de Europa y Latinoamérica, libros cuyos títulos impresos en oro en sus gruesos lomos el muchacho era incapaz de descifrar. Al principio, Stern no lo dejaba solo, pero a medida que fue ganándose su confianza le permitía atender a algunos clientes, a los que les hacía gracia la imagen de un mocoso con inmaculada camisa blanca, pantalones cortos y alpargatas, detrás de un mostrador. Otras veces, cuando no tenía otra cosa que hacer, en las horas muertas de la librería, se entregaba al único vicio posible en un sitio como aquél, una costumbre que ya no lo abandonará nunca: leer, leer constantemente hasta que los ojos se le ponían tan rojos como los carteles que adornaban algunas fachadas de los corrales de vecinos de Triana.

—Y, ¿cuáles son esos libros?

—Los libros... Oh, disculpe —me ocurre a menudo, me quedo ensimismado recordando el pasado. Culpo de la distracción al exceso de años, más de sesenta han pasado desde que trabajé para Stern—. Me lo enseñó un jefe que tuve una vez,

como ésta, sino mucho más pequeña, y mi jefe, un judío alemán huido de los nazis, decía siempre a sus clientes que sólo existen tres clases de libros —en realidad se trataba de cuatro clases de libros, pero no estoy seguro de que ese detalle vaya a interesar a la mujer. Hay cosas que es mejor reservárselas, porque ni yo mismo, a pesar de ser un anciano al que se supone sabio, qué tontería, he llegado a comprenderlo del todo, ni siquiera después de tanto tiempo.

Tres clases de libros, repito, dibujando una falsa mueca socarrona mientras los ojos se me inundan de recuerdos, la mueca más triste, según le oí decir a Ramírez una vez, que puede esbozar el rostro de un hombre, la misma mueca sombría, ahora que lo pienso, que se le dibujaba al indiano cuando Carmen no le devolvía el saludo después de tocarse despacio el ala del jipijapa como el caballero educado que siempre quiso ser.

Pero la pregunta de la mujer me ha cogido por sorpresa y sé que ya no podré quitarme en toda la tarde aquella época de mi cabeza. Tanto me afectará, lo sé muy bien, que, esta noche, viernes por la noche y con libro recién publicado, cuando miles de lectores anden mediados en la lectura de mis memorias no podré conciliar el sueño acordándome de aquellos tiempos, cuando no era más que un muchacho imberbe con los ojos abiertos a un mundo que pronto se derrumbaría a su alrededor y que, por alguna razón indescifrable, tal vez por haber conocido a gente como Ramírez o Stern, o quizá tan solo porque lo que de verdad echo de menos es precisamente aquella juventud que bullía en mi carne y en mis venas, los recordaré a todos: a Carmen, a Ramírez, a María, a Stern, a mi padre, que aquel verano acabó por consumir todas las reservas de coñac de la despensa.

La vieja, en lugar de asombrarse por la respuesta, me

mira con extrañeza y abandona la librería refunfuñando. Incluso me ha parecido verla asustada, seguro que habrá doblado la primera esquina profiriendo exabruptos. No debe de haber sucedido algo muy diferente a esto. Aquello que no se ve y ha de inventarse siempre formó parte esencial de mi trabajo de escritor, y siempre hubo cosas que preferí no saber para inventarlas, completando los espacios en blanco mediante la imaginación. Al cabo, es una manía tan legítima como otra cualquiera, algo así como preferir el erotismo a la pornografía, o dejarse seducir antes por un bonito bañador que por un provocativo bikini.

El viejo escritor echará de menos, durante el resto de su vida, librerías como la de Stern: un local no demasiado grande, porque entonces, mediados los años treinta, los negocios no habían de ser enormes para poder subsistir. Echará de menos el escritor famoso la librería del alemán cuando acuda a los emporios donde los libros se comercializan junto a las películas de vídeo, pegados a una cafetería, rodeados de revistas con chicas desnudas en la portada. La librería Stern sólo tenía una planta, un local que apenas alcanzaba los cien metros cuadrados tras un luminoso escaparate adornado por unas cortinillas blancas a través del que se acostumbó a observar la vida y a tomarle el pulso a la calle, a ver al viejo Ramírez bajar cada mañana tocado con aquel sombrero panamá suyo, a la mujer de Quiroga asomada al balcón, abanicándose para ahuyentar el calor sofocante del final de primavera en Sevilla, a Carmen, caminando erguida, contoneándose segura de sus encantos, de su poderío, mientras el viejo indiano se tocaba el ala del sombrero. Ramírez nunca se dio cuenta pero el muchacho, protegido tras el escaparate de la librería, alguna vez la vio sonreír, o le pareció haberla visto, porque para el viejo escritor,

como para todo el mundo, las cosas nunca son como sucedieron, sino como quiso que hubieran sido, por tanto, seguro que alguna vez, si no más de una, aguardaba para pasar escondida tras la esquina, desde donde ni el viejo Ramírez ni él mismo, tal vez ni siquiera Stern, la podía ver, esperando a oír los ridículos ladridos de los caniches malhadados, porque le gustaba que el viejo Ramírez la mirase, porque, a pesar de ser un anciano —al viejo escritor le da cierto pudor referirse a él como "vejstorio", cuando Ramírez era mucho más joven de lo que él es ahora— se trataba de una persona en la que enseguida acababa uno fijándose cuando ponía el pie en la calle, tan alto, bastante más que la mayoría, y se quitaba el sombrero panamá que aseguraba haber comprado en la mismísima Cuba, hecho a mano, irrompible, según sus propias palabras, y, para corroborarlo, lo aplastaba entre aquellas enormes manazas morenas donde instantes después, recomponía milagrosamente su figura esbelta, como embrujado por alguna clase de hechizo papirofléxico.

Stern, cuando recomendaba un libro a un cliente, invariablemente repetía la pregunta: "¿Qué tipo de libro busca? Porque en esta librería sólo pueden encontrarse tres clases de libros: los que se compran para uno mismo, los que se compran para las personas queridas o los que se compran para un compromiso". Dadas las excepcionales dotes de persuasión del alemán, los clientes sonreían, a veces extrañados, o abrían la boca con asombro cuando oían salir aquella frase de sus labios.

Los libros se distribuían según las tres paredes de la librería (sin contar la del escaparate, que sería la cuarta): los que se compraban para uno mismo, entrando a la izquierda, enfrente justo del mostrador; los que se compraban para un compromiso, frente a la puerta de entrada, los más abundantes. Detrás del mostrador, los más apreciados por Stern, los menos

numerosos, aquellos que se compraban para los seres queridos. No estaban clasificados por españoles o extranjeros o por géneros, prosa, poesía, ensayo, aventuras o historia, sino específicamente por el motivo por el cual se compraban y ahora, cuando el viejo escritor entorna los ojos para tratar de recordar lo que vivió hace tantos años, quiere recordar que muchos de ellos se repetían más de una vez en la pared, y se pregunta, al cabo de tanto tiempo, si eran los libros los que sufrían una mutación según el motivo por el cual se compraban o si, por el contrario, era el talante del comprador lo que se transformaba al abrir uno de aquellos libros que vendía el alemán. Al niño le gustaban los que se compraban para las personas queridas, que casi siempre venían coincidir con los que se compraban para uno mismo. Su olor era especial, el aire de la librería se densaba al abrir uno de esos volúmenes, mientras que los otros, los que quedaban a la derecha del mostrador, los que esperaban a ser comprados para cumplir con el requisito ineludible de ser convertidos en regalo dudoso u obligado, aterían las manos del chiquillo al sacarlos de la estantería y, al abrirlos, las páginas aparecían inmaculadamente blancas, asépticas, inodoras, insípidas, impresas en un tipografía deleznable, apta sólo para gente que no piensa leerlos nunca.

Algunos de los clientes eran judíos alemanes, como Stern: su librería se había convertido en uno de los escasos sitios donde podían encontrarse libros en alemán: Goethe, Mann, en estado puro, sin pasar por el a veces peligroso filtro de la traducción. Pero eso fue al principio, cuando abrió el negocio. Luego, a medida que fue pasando el tiempo, mucho antes de que el chico empezase a trabajar por las tardes, apenas quedaban libros en alemán, habían dejado paso a los últimos volúmenes en español que resistían firmes, cual soldados valientes, el final anunciado de la librería.

El viejo escritor recuerda la Librería Stern y enseguida le viene a la cabeza el olor de las páginas amarillentas de los libros antiguos, cosidos en lomos con letras góticas doradas, pesados al sostenerlos cuando le temblaban las manos al mostrárselos a un cliente exigente, con márgenes amplios, donde, de no considerarlo Stern —y el muchacho, porque acabó convenciéndose igual que él— un sacrilegio digno de expiarse en una pira con la base repleta de un tupido haz de madera seca, no al libro, sino por supuesto al hereje, podrían escribirse extensas anotaciones. Ejemplares raros, carísimas ediciones que llegaban desde diferentes puntos de Europa semanas después de haberlos encargado. De esas ventas se ocupaba Stern personalmente, Herr Stern, pues esos clientes sabían lo que venían a comprar, o si no lo sabían se convencían en el preciso instante en que el judeoalemán los atravesaba con aquellos ojillos azules, transparentes sobre la nariz ganchuda, cuya dureza disimulaba a duras penas el aspecto de anciano venerable vestido con pajarita. A esos clientes nunca les decía lo de las tres clases de libros, al menos el muchacho jamás lo vio hacerlo, y no tardó en darse cuenta de que quienes buscaban ejemplares antiguos con páginas impresas a dos columnas no eran los mismos clientes que se interesaban por alguna de las tres clases de los libros que se vendían en el local de Stern, gente como la repelente esposa del indiano jubilado que mantenía a Ramírez, a quien ordenaba bajar a comprar, puntualmente, un libro cada viernes.

Ramírez no era muy leído, y, aun así, era de las pocas personas que no se avergonzaba de ello al entrar en la tienda buscando un libro que no era para él, es más, al que ni siquiera tenía intención de echar un vistazo. Exudaba el indiano una dignidad especial que el viejo escritor sólo vio en las personas

trabajó en la Librería Stern. Desde el interior del local lo veía aguardar, paciente, apoyado en el umbral de la casa de Quiroga, la hora de que Carmen bajase al terminar su trabajo, con el jipijapa convenientemente colocado, como el caballero que quiso ser y no le dio tiempo a conseguir, entornando los ojos al dar una larga chupada al habano largo, aromático, cuyo olor espeso percibía el muchacho cruzar la calle y atravesar el escaparate para mezclarse con el de la tinta de los incunables hasta colarse sin permiso por los orificios de su nariz.

Aquella tarde de viernes se preguntó el viejo indiano si la muchacha no lo miraba por indicación de Quiroga —ya llevaba dos meses limpiando la casa y cocinando para él—, que a veces resultaba ser un poco malévolo con su criado, quizá porque reírse de Ramírez era uno de los pocos placeres, aunque perversos, que le restaban en la vida, anclado como estaba en la silla de ruedas, en el piso superior de la casa, en el salón recargado de objetos recopilados durante cincuenta años por Suramérica. Desde que la joven había sido contratada, la obsesión del viejo Ramírez por ella se había vuelto enfermiza, sobre todo desde que pasaba las mañanas junto a Quiroga en el piso de arriba, los dos solos; más de una vez ha estado a punto de romper su norma de criado prudente y subir las escaleras, pero jamás se ha atrevido a traspasar la frontera invisible del primer peldaño.

El niño sabía que Stern, pese a parecer ciego, sordo y mudo, se daba cuenta de todo. A su jefe le gustaba sentarse a leer los días de sol en una butaca junto al escaparate. A veces se quedaba dormido y otras veces observaba la calle. Como una especie de ser superior que contempla el universo tras la protección del cristal, miraba la gente, las idas y venidas de los carteles políticos, las reuniones de los frentepopulistas, las

incursiones de los jóvenes de Falange en el barrio buscando jaleo, y, más de una vez, sacudía la cabeza, consternado. Sólo había otras contadas ocasiones en las que el muchacho podía atisbar alguna sombra mal disimulada en el semblante de Stern: cuando recibía alguna carta que le llegaba enviada por algún familiar, tras no pocas vicisitudes, desde algún lugar de Alemania. Se le ensombrecía el rostro igual que le ocurrió aquella tarde de viernes, cuando el viejo Ramírez salió del portal de enfrente con el flamante traje blanco, sin mácula, acompañado de los dos ridículos caniches malhumorados a los que iba a dar el paseo vespertino.

Cuando el hechizo del campaneó de las caderas de Carmen lo abandonó, cruzó la calle, y abrió la puerta de la librería. Acostumbrado a verlo los viernes por la tarde, el muchacho ya era capaz de colegir su estado de ánimo por las arrugas del traje o por la luz de sus ojos, pero cuando vio a su jefe plantarse con el ceño fruncido frente al dueño del jipijapa, con la cabeza levantada para abarcar la enorme estatura del indiano, pensó que lo mejor sería retirarse a una distancia prudente mientras hablaban. Stern, vestido con aquel traje antiguo a cuadros rematado por la pajarita, le leyó el pensamiento, sin duda que lo hizo y, maldita sea, cuando el viejo escritor los recuerda a los dos frente a frente en la librería, aún sigue pensando que sobraba, porque el viejo Ramírez sabía que el alemán lo estaba diseccionando, y, como si estuviese hipnotizado, se dejaba leer la mente, el muy ladino, y en lugar de perturbársele, el semblante se le relajaba, dibujándosele en los labios una mueca socarrona, de campechana camaradería, bajo el bigote plateado. Se quitó el sombrero dejando al descubierto una tupida madeja de cabellos blancos y rizados, una cabeza regia que había sido hermosa en otros tiempos, que aún lo era. El ala del sombrero, al quitárselo, despojó la sombra de unos ojos

pequeños, oscuros, penetrantes. A pesar de los años el viejo Ramírez seguía siendo un hombre apuesto. Resultaba lógico que en el barrio pensarán que él era el rico indiano que había regresado a España tras hacer fortuna en Cuba y Argentina. Pero Stern supo la verdad mucho tiempo atrás, la primera vez que lo saeteó con los ojos y le leyó el pensamiento. A él no lo podía engañar, al alemán no. Sabía que la mujer que paseaba de su brazo no era su esposa y que si aún trabajaba para ella y para su marido era porque no tenía donde caerse muerto, que no había triunfado nunca en los negocios o es que nunca tuvo negocios en los que triunfar, que no le quedaba familia en el Río de la Plata, y, por mucho que se empeñara en hablar con acento porteño, "Muy bueno el libro que me vendistes vos la semana pasada, viste", Stern sabía que se obligaba a hablar así para darse un cierto toque distinguido, para distanciarse de los demás, así como no tenía duda de que Quiroga lo dejaba vivir en una habitación de la casa a condición de mantener la compostura y sacar a su mujer y los perros a pasear.

Por ello y, pese a no ser el viejo Ramírez uno de sus principales clientes, Stern, que ni siquiera hubiese tenido que mirar para saber que había entrado en la librería y supo que se trataba del indiano sin levantar la vista de las páginas del libro que tenía en las manos, abandonó la lectura junto a la luz acogedora del escaparate y se levantó para atenderlo. Se levantó y se dirigió a él con la cortesía y el respeto que se le rendiría a un príncipe o a un cliente especial, de primera, de esos que se gastaban los reales en los carísimos libros importados que ya nunca más se volverían a vender en la librería.

El escritor famoso sonreirá, muchos años después, nostálgico: los dos eran, pues, cada uno a su modo, viejos

conocieran bien y se respetaran. Tal vez por esa afinidad Stern tomó aquella tarde al viejo Ramírez del brazo, hizo un aparte con él y, susurrándole al oído, le ofreció la cuarta clase de libros que podría encontrar en su establecimiento.

—Los que se compran para uno mismo —señaló con un gesto distraído la pared que quedaba enfrente del mostrador—. Los que se compran para un compromiso —ahora lo guió hacia la estantería que quedaba a la izquierda de la mesa donde atendían a los clientes—. Los que se compran para un ser querido —sin soltarlo del brazo, el anciano judío señaló con la nariz ganchuda los libros que quedaban detrás del muchacho. Luego, avanzó unos pasos sin soltar el fornido brazo de Ramírez y, hablándole en voz muy baja, que el chiquillo no pudo evitar oír, le dijo: —O un libro... —bajó el tono, aunque el viejo Ramírez fuera el único cliente de la librería, pausó la voz un instante, y echó una ojeada al balcón de la casa de Quiroga, antes de que sus ojos transparentes volvieran a traspasar al indiano— para alguien a quien se odie.

Stern concluyó su ofrecimiento con una mirada de soslayo y una sonrisa sardónica que a duras penas restaba un ápice de severidad a su ofrecimiento.

El niño sabía a qué libro se refería: uno que reposaba en sentido horizontal, en la pared del local más alejada de la puerta, solitario en el último entrepaño, colocado tan alto que habría que recurrir a la escalera y estirar el brazo en una peligrosa pirueta para alcanzarlo: "No se lo ofrezcas nunca a nadie", le había advertido Stern uno de sus primeros días en la librería. Ése, insistió, sólo lo puedo ofrecer yo.

Aunque el viejo Ramírez pasó mucho tiempo dándole vueltas a la frase de Stern no se había atrevido a comprar aquel

el punto de que aquél estuviese al corriente de sus pensamientos más íntimos sólo con echarle una ojeada cuando paseaba por la plaza con los perros de la mujer de Quiroga. Admitía que cada vez se encontraba más a disgusto trabajando para el matrimonio, sobre todo desde que Carmen fue contratada, pero no se había planteado nunca si de verdad odiaba a uno de los dos hasta que el librero lo agarró por el brazo y le ofreció el libro.

A pesar de que hizo todo lo posible por controlarse las siguientes semanas, no faltó ni una tarde a la retahíla de gestos que desembocaban en un saludo no correspondido. Habían pasado dos meses desde que Stern le ofreciera el libro cuando el viejo Ramírez sonrió menos contento que resignado al oír las palabras de Carmen. Las mejillas se le pusieron coloradas bajo el ala del jipijapa. Fue la primera vez que se atrevió a entrar en el puente tras ella, siguiéndola a una distancia prudente. Los perros no dejaban de ladrar, conque resultó imposible que su presencia pasara inadvertida a la muchacha que, en los cinco meses que llevaba trabajando para el matrimonio Quiroga, jamás le había devuelto el saludo pese a que el viejo Ramírez no había faltado una sola tarde al ritual de sacar a los perros a pasear a la hora que Carmen terminaba las clases en la academia. Pero ahora, al otro extremo del puente, a la altura del Muelle de la Sal, se había vuelto y le había sonreído. Ese viejo loco se merecía al menos una sonrisa por su insistencia.

—Eres un viejo guapo, ¿sabes? Lástima que seas tan mayor.

Ramírez volvió la cabeza hacia el río para darse tiempo a contestar. Un barco partía Guadalquivir abajo, dejando atrás la Torre del Oro y la ermita de los Remedios. Parecía que fue ayer, pero habían pasado cincuenta años desde que él se embarcase en el mismo sitio. Cincuenta años

No era él quien iba a negar que fuera viejo, por supuesto que lo era, pero Quiroga lo era aún más, y además pagaba el sueldo de Carmen. Y él... El ni siquiera tenía donde caerse muerto.

Pese a todo ensayó una sonrisa amarga cuando volvió a enfrentar los enormes ojos color almendra. Los caniches habían transformado los ridículos ladridos en un gruñido amenazador. Se encogió de hombros: ella sonreía con franqueza, a pesar de todo, no podía negarle su sinceridad.

—¿Por qué me sigues, por qué me miras tanto? Parece como si no hubiera más mujeres en toda la ciudad.

Podía haberle dicho muchas cosas. Que para él no importaban las demás, que le recordaba a una mulata que conoció cuando aún era joven y tenía toda la vida por delante. Que le temblaban las piernas, igual que ahora cuando lo miraba con esos ojos tan grandes, el día que empezó a trabajar en casa de Quiroga. Que no soportaba saber que se quedaba a solas con él, aunque no fuera asunto suyo, porque si ella se prestaba al juego, después de todo era su problema, pero la verdad era que, cuando acompañaba a la mujer de Quiroga a tomar una limonada a la terraza mientras ella se quedaba a solas con el marido, de los dos, era él quien más sufría.

—Me gustas —las dos palabras, para su sorpresa, le salieron de una vez. Al fin y al cabo ella acababa de decir que era guapo, aunque viejo.

Carmen soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás para apartar el pelo que le brisa del río le había desordenado. El viejo Ramírez sonrió menos contento que resignado al oír la frase de la muchacha. Una punzada de dolor le cruzó el pecho al imaginar aquella melena agitándose ante el rostro de Quiroga. Luego, ella dejó de reír de repente y se le quedó mirando unos segundos antes de hablar de nuevo.

instante que tardó en recorrer con la mirada la orilla de la calle Betis— Sí, estás hablando en serio.

—Ya soy demasiado mayor para bromear con estas cosas.

Carmen se había puesto seria de repente, aunque se recompuso de inmediato. Al viejo Ramírez le pareció que disfrutaba de la escena.

— Pues lo siento, pero no te hagas ilusiones.

Ramírez sabía que iba a suceder algo así, pero no estuvo seguro hasta que ocurrió. A sabiendas de lo que iba a pasar, dijo la frase, aunque se arrepintió de haberlo hecho en el mismo momento de pronunciarla.

— ¿Y él?— se giró y señaló con la cabeza el balcón de la última planta de la casa de Quiroga, al otro lado del puente.

Carmen tardó unos instantes en reaccionar, un poco más del tiempo que Ramírez esperaba que tardaría en darle una bofetada, aunque no llegó a levantar la mano, y el hecho de no abofetearlo afianzó aún más su convicción acerca de la frialdad de Carmen, que, antes de que el viejo Ramírez se diese cuenta ya se había dado media vuelta y caminaba erguida, sin prisas, segura de que la miraba extasiado, hacia la otra orilla. Si fuera más joven, pensó, correría tras ella y, si la carrera no daba resultado, recurriría sin dudarle al remedio caribeño que había recomendado al chiquillo que trabajaba para el alemán.

Con una pluma entintada, el muchacho escribió en un trozo de cartón el nombre de María. Luego, en otro pedazo de cartón del mismo tamaño, escribió el suyo y juntó los dos trocitos con los nombres pegados antes de guardarlos dentro de un tarro de miel que había despistado de la despensa después de

—Allí tenés un remedio infalible para el mal de amores —le había dicho—. Si fuera más joven, como vos, no dudaría en utilizarlo.

El muchacho se sonrojó. Hasta el viejo Ramírez se había dado cuenta de lo que sentía por María.

—Che, me lo contaron de joven, en Cuba, pero jamás lo había encontrado escrito, viste.

Era la primera tarde de viernes que se encontraba solo en la librería, y el viejo Ramírez llegó puntual, como cada viernes por la tarde, a comprar el libro para la esposa de Quiroga. Frunció el indiano el entrecejo al no ver al alemán, parecía que su opinión para recomendarle un libro era fundamental. Su "buenas tardes" no fue más que un apagado gruñido, antes de ponerse a hojear con desgana los volúmenes que se compraban para un compromiso. No era seguro que Stern volviera pronto, y el chico no sabía qué libro ofrecerle, aunque Ramírez tampoco le dijo nada, pasó por delante del mostrador, ignorándolo casi. A solas con él dentro de la librería su figura le pareció aún más imponente: la piel bronceada, las arrugas marcadas, profundas por culpa del sol del trópieo, los ojos negros, penetrantes, esos ademanes cadenciosos, los rizos plateados, indómitos, el bigote puntiagudo. Frente a los libros para las personas queridas torció el cuello y pasó la punta cetrina del índice mientras susurra los títulos que iba recorriendo con el dedo. De reojo, el chico lo vio detenerse y tirar bruscamente de un ejemplar antiguo cuyo título gastado no fue capaz de descifrar.

Durante un fugaz instante el muchacho se preguntó si sería un libro para la mujer de Quiroga, pero descartó la idea inmediatamente: no le cabía duda de los sentimientos del indiano para con su ama, sólo había que verlo mirar a Carmen u observarle las facciones cuando sacaba a los perritos a pasear.

Se reía a carcajadas el viejo Ramírez, plantado allí solo, junto a la estantería de los libros que se compraban para uno mismo. Nunca lo había visto el muchacho tan entusiasmado por un libro. Asentía con la cabeza sin dejar de sonreír, con los ojos oscuros llenos de luz. Al cabo de un rato, sin perder la sonrisa que no lo abandonó del todo hasta que se resignó a coger uno de los libros colocados en la estantería de los que se compraban para un compromiso, se acercó al mostrador y, señalando el libro que había vuelto a colocar con cuidado en su sitio, insistió:

—Un remedio infalible.

A lo largo de los años el escritor de éxito no ha dejado de preguntarse si los clientes —y eso también incluía al viejo Ramírez— incluso él mismo, no se sugestionaban al buscar un libro dependiendo del motivo de la adquisición. Porque después de que el indiano volviese a introducirlo entre los demás volúmenes, con movimientos lentos, como si le diese pena dejarlo en la estantería, después de que abriera la puerta para salir a la calle; luego de mirarlo colocarse el jipijapa con una elegancia que jamás volverá a ver en nadie, encender un largo habano y dedicarle una sonrisa que aún permanecía en la librería después de que Ramírez hubiese cruzado la calle, se dio cuenta de que había otro ejemplar idéntico en la estantería de los libros que se compraban para uno mismo, o al menos así quiere recordarlo el viejo escritor, porque durante unos segundos tuvo la inquietante sensación de que todos los volúmenes de la Librería Stern eran exactamente iguales a ese que Ramírez había ojeado. Lo abrió por el mismo sitio donde él había estado leyendo un momento antes. Con los libros siempre sucede algo parecido: suelen abrirse por donde se los ha dejado la última vez. Y lo que vio lo dejó fascinado, tan ensimismado que casi no se dio cuenta de la ráfaga que, en forma de mirada, le ponía

el vello de punta a la altura de la nuca.

María no le prestaba atención, jugaba con sus amigas sobre el pavimento de la calle, saltando sobre unos cuadros trazados en el suelo con un pedazo de ladrillo rojizo al tiempo que empujaba un trozo de mármol con un solo pie. Más de una vez, cuando el chico regresaba a casa después de trabajar en la librería Stern, las niñas dejaron de jugar para cuchichear algo que nunca pudo oír mientras lo miraban pasar. Esta vez volvieron a hacer lo mismo, y el chico, pese a no ser más que un mocoso con pantalón corto, trató de sacar pecho inútilmente mientras cruzaba la calle.

María hablaba con él muy pocas veces, siempre cuando estaba sola, nunca delante de las amigas, a lo más que llegó fue a sonreírle cuando paseaba con sus padres y se cruzaba con él. Algunas veces la había visto leer, y durante algunas semanas ahorró dinero —no se le ocurrió robarlo o pedirle a Stern que le prestase uno— para regalarle uno de esos libros que se encontraban detrás del mostrador de la Librería Stern, uno de aquellos que, según Stern, sólo debían comprarse para las personas a las que se amaba, a las que se amaba mucho. El viejo escritor recordará el resto de su vida aquella sensación, con sólo catorce años y a pesar de no haber vuelto a ver jamás a María, y, aunque tal vez no fuese amor, sí recuerda haber padecido en su presencia, por primera vez en su vida, aquel vacío en las entrañas: cada vez que la veía o la sorprendía mirándolo a través del escaparate de la librería, tenía la sensación de que le abrían un agujero enorme en el estómago, por un momento sentía un enorme vacío dentro, como si, pese a sentirse tan bien, le faltara la vida. No se lo contó a nadie, ni a sus amigos, ni a su madre, pero se aprendió de memoria el párrafo aquel que vio hojear al viejo Ramírez en la librería, la primera de las dos únicas tardes

de viernes que estuvo solo cuando el indiano fue a cumplir con el requisito semanal de la compra del libro para la mujer de Quiroga.

No es que el chico creyese en remedios sobrenaturales para conquistar a María, pero pensó que no tenía mucho que perder si probaba. Resolvió llevar a cabo el experimento de madrugada, y, como apuntaba el libro, repetirlo al menos tres veces. Según el manual, el horario de madrugada no era preceptivo, pero no podía hacerlo a otra hora del día sin tener que dar a su madre un montón de explicaciones embarazosas. Por la tarde trajo tres cántaros con agua desde la fuente de la plaza y los dejó en la cocina. Luego, recolectó un buen puñado de margaritas —fueron las únicas flores con pétalos blancos que encontró a mano— y hacia las tres o las cuatro de la madrugada, cuando los ronquidos del padre competían en intensidad con los de la madre, trasladó el enorme lebrillo a pulso hasta su habitación, vertió el contenido de los tres cántaros y luego echó al agua el ramo de margaritas. Añadió dos claras de huevo y unas gotas de miel, lo removió todo con una cuchara sopera, se desnudó despacio y, menos el pelo, se frotó suavemente con la mano por todo el cuerpo, tranquilo, susurrando el nombre de María, la pobre, que a esas alturas de la noche debía de andar durmiendo a pierna suelta. Cuando terminó la operación, se enjuagó con un poco de agua que había reservado a tal efecto en el último de los tres cántaros. Ya era primavera, pero un baño a esas horas de la noche, ni aun edulcorado con flores y con miel, resultaba agradable para nadie.

Alboreaba ya cuando emprendió el primer viaje hasta la fuente para llenar los cántaros. Luego, corrió con el segundo cruzando los dedos para no encontrarse con un guardia que le diese el alto, no porque fuese a ocurrirle nada, pues ningún delito tenía que ocultar, pero ser detenido por uno de los grises

supondría una pérdida de tiempo y un engorro suficiente como para llegar tarde a casa.

Ya oía a su padre levantarse de la cama cuando, con el corazón a punto de salirse de la boca, cerró la puerta de la habitación, después de haber llenado el tercero de los cántaros, la primera de las tres noches que se aplicó el remedio caribeño para el mal de amores.

Al fin y al cabo, se consoló el niño después del altercado de Ramírez con los falangistas, los riesgos de su enamoramiento no eran tan altos como los del indiano.

Como resultado de la breve refriega, al viejo Ramírez se le había puesto un ojo morado, los bucles alborotados y el traje arrugado. El muchacho recogió la jarra y el trapo con el que Stern le había curado la herida. Ramírez estaba esperando a que Carmen saliese de la academia de corte y confección cuando se habían metido por medio aquellos indeseables y la habían insultado.

Stern y el muchacho salieron a prestarle ayuda, pero no fue necesaria. A pesar de que eran jóvenes, un poco mayores que el muchacho, pero por supuesto mucho más jóvenes que Ramírez, la corpulencia del viejo indiano habría hecho necesaria la participación de al menos media docena de violentos imberbes para dejarlo inconsciente. Aun así no pudo evitar que se le cayera el jipijapa después de que uno de ellos le propinara una certera patada en la ingle seguida del puñetazo que le puso el párpado de color violeta inmediatamente. Antes de salir a la calle en auxilio de Ramírez, Stern miró de reojo el balcón, pero Quiroga y su mujer debían de estar dormidos, o quizá habían escuchado las voces y tal vez no les preocupaba la suerte de Ramírez, porque ninguno se había asomado a ver qué pasaba.

llevaban varios días buscando gresca en los corrales de vecinos del barrio porque se aproximaba la Semana Santa, y unos días antes un espontáneo tan inconsciente como ellos se empeñó en estropear la fiesta prendiendo fuego al manto de una de las imágenes de la ciudad. Nadie había olvidado que, cuatro años antes, el primero de los dos años que transcurrieron sin procesiones, la Virgen de la Estrella fue tiroteada cuando entraba en la Catedral. Era un secreto a voces que en los corrales de Triana, donde los carteles con la imagen de Lenin compartían fachada con imágenes del Cristo del Cachorro, se escondían muchas de las armas que los incontrolados utilizaban para saquear templos.

Tan sólo se trataba de unos chavales y, aunque no pretendían conseguir otra cosa que armar un poco de jaleo y llamar la atención, se habían cruzado con Carmen y la pirolearon de mala manera. Ella se encaró con los chicos y siguió andando, segura de sí, murmurando, con la cabeza bien alta, palabras que el muchacho y el alemán no pudieron oír a través de los cristales de la librería. Stern introdujo el dedo índice en el libro, alargó el otro brazo y, sin levantarse de la butaca, bajó la persianilla y, con la expresión grave, vio cómo el viejo Ramírez se encaraba con los muchachos.

—Hijos de puta —espetó Ramírez, elevando el vozarrón roto de aguardiente que resonó en la calle como amplificado por un altavoz. En realidad no había sido para tanto, un piropo subido de tono y algún insulto tras la respuesta airada de Carmen, pero el viejo Ramírez pertenecía a un mundo donde las mujeres, sobre todo las que hacen temblar las piernas de uno, debían ser respetadas tanto o más que las imágenes sagradas que los muchachos pretextaban defender.

Lo rodearon los tres y Ramírez soltó los caniches, como una liberación necesaria para encarar la situación. Se notaba en

su rostro que ya no se preocupaba de los perros que ladraban a los muchachos. Echando fuego por los ojos, el indiano levantó un puño enorme, moreno, pero antes de concluir el gesto, el que parecía el cabecilla del grupo, un joven que no debía de tener aún edad para afeitarse le puso una zancadilla y lo derribó sobre la acera.

Stern abrió la puerta de la librería en el mismo momento en que Ramírez cayó al suelo, pero no pudo evitar, antes de llegar, que otro de los chicos clavara la punta de la bota en la ingle y estampase el puño en el pómulo de Ramírez. El propio muchacho, en un alarde de valentía del que él fue el primer sorprendido, siguió a su jefe como un torbellino, dispuesto a prestar ayuda al alemán que ya se había interpuesto entre el indiano y los jóvenes matones.

—¡Basta!—era la primera vez que el muchacho oía gritar a Stern, y su tono, sin duda amplificado por el marcado acento prusiano, resultaba tan amenazador como el de Ramírez.

Los tres jóvenes se quedaron paralizados cuando Stern los miró fijamente, y el muchacho permaneció detrás, por si podía echar una mano, sin querer quitarse, presto a sujetar al alemán si alguno de aquellos indeseables le daba un empujón.

Ramírez se levantó a duras penas y se recompuso la cabellera. El cabecilla de los muchachos, el que puso la zancadilla a Ramírez, torció los labios en una sonrisa tenebrosa al oír el acento alemán de Stern y, como empujado por un resorte, extendió enérgicamente el brazo derecho, con la palma de la mano abierta hacia abajo, al tiempo que hizo sonar los tacones de los zapatos al juntarlos con estudiada marcialidad.

El muchacho no pudo ver sus ojos porque estaba de espaldas, pero no tenía que ver su cara para saber que las facciones de Stern permanecían inalterables aunque las puntas de los dedos del cabecilla casi rozaban su nariz ganchuda. A

pocos centímetros de él, lo oyó vaciar el aire de los pulmones, despacio, sin mover la cabeza, con la misma tranquilidad que convenía a los clientes para llevarse de la librería los ejemplares que les acababa de recomendar. El joven fascista aún permaneció unos segundos en la incertidumbre estúpida de su gesto. Ramírez ya se había repuesto, y el muchacho, con sólo catorce años, tenía los puños cerrados, listo para echar una mano. Luego, la mano del joven descendió lentamente y, tras obsequiar a Ramírez con una mirada de desprecio, ni siquiera se molestó en mirar al chiquillo que trabajaba para Stern, escupió al suelo y se dio media vuelta seguido de los dos matones de pacotilla.

Stern aún siguió mirándolos fijo, como si sus ojos fueran los que expulsaban a esos indeseables del barrio. Ramírez le puso una mano en el hombro y asintió con la cabeza. Entonces el muchacho se dio cuenta de que el jipijapa yacía arrugado en la acera, como una figura ajada de papiroflexia y, cuando se agachó a recogerlo, al sacudirlo y estirarlo por las alas, el delicado sombrero recuperó su forma original con la magia que sólo pueden transmitir los objetos únicos, hechos a mano, fabricados, según Ramírez, en aquella aldea cerca de La Habana. Luego, a lo lejos, volvió a oír los ladridos de los caniches, había dejado de sentirlos por completo durante la tensión del momento, y también vio, más allá, junto a la baranda del puente, a Carmen reanudando su camino sobre el Guadalquivir. Nos ha estado observando, pensó. Fue a decirselo a Ramírez, a contarle que ella los había estado mirando todo el tiempo, pero el viejo indiano ya cruzaba la calle del brazo del alemán, camino de la librería, para curarse la herida antes de que Quiroga o su esposa se asomasen al balcón. No le quedó otra opción que exhalar un profundo suspiro y dirigirse él mismo en pos de los dos caniches que deambulaban sueltos,

ladrando en pos de Carmen.

Al viejo Ramírez le hubiera gustado hacerle la pregunta, pero no se atrevió porque sabía la respuesta de antemano. Se resistía a oír la verdad, aunque no dejó de preguntarse la razón por la que Carmen se dejaba coger la mano cuando se sentaron juntos el domingo por la tarde en un kiosco de la Alameda de Hércules, justo enfrente del cuartel de los Guardias de Asalto. La mirada del anciano reptaba sin disimulo por sus labios carnosos, por la melena azabache recogida en una cola, por los ojos negros y enormes. El vaso del refresco estuvo a punto de estallarle entre los dedos cuando imaginó las manos de Quiroga recorriendo el cuerpo de Carmen mientras él sacaba de paseo a su esposa y a los caniches. No había vuelto a preguntar a Carmen por Quiroga, para qué.

El verano estaba a la vuelta de la esquina pero, aunque unos nubarrones amenazantes desafiaban la canícula, Ramírez se quitó el jipijapa, se secó el sudor de la frente y se abanicó con el ala del sombrero, en un gesto distraído, ausente, con la vista clavada en el limpiabotas que se ofrecía a los caballeros que leían distraídamente la prensa a la sombra de la terraza del kiosco. Aún podía ser peor, pensó Ramírez cuando rechazó la invitación para limpiarse los zapatos con un gesto. El limpiabotas debía de tener los mismos años que él, pero había corrido peor suerte, o tal vez mejor, según se mirase, porque él, pese a llevar puesto un traje desahuciado por Quiroga y abanicarse con un sombrero panamá no dejaba de ser un don nadie, aunque de todos los que se encontraban en el kiosco sólo él lo sabía, y Carmen, que lo miraba fijo por encima del vaso que estaba bebiendo, se lo había recordado cada vez que caminaba altanera cuando la saludaba. Pese a todo. había

Propuso el encuentro el día anterior: a la hora de despedirse de la casa de Quiroga hasta el lunes siguiente se detuvo en el rellano de la escalera, frente a la habitación del viejo Ramírez y, sin cruzar el umbral, le preguntó si le parecía bien quedar al día siguiente, domingo, a eso de las doce, en la Alameda de

Hércules.

—¿Por qué lo hiciste?— dijo ella, de repente. —
¿Hacer qué?

Carmen puso el vaso sobre la tarima de mármol muy despacio y se acomodó en la silla, dispuesta a pasar un rato conversando.

—Lo del otro día, cuando te encaraste con los muchachos que me piropeaban.

Ramírez se encogió de hombros. Por unos instantes volvió a sentir el palpito de la sangre en el pómulo todavía hinchado.

— No fue nada.

Carmen sonrió, dejando entrever una fila de dientes blancos, perfectos. Del cuello le colgaba un escapulario que se perdía por dentro de su escote, entre diminutas gotas de sudor.

Ramírez bajó los ojos cuando ella advirtió la dirección de los suyos.

—Sí que fue. Te vi desde el puente. A tus años eres muy propenso a las bravuconadas.

Ramírez clavó sus ojos en los suyos y ella le sostuvo la mirada.

—Hay cosas a las que uno nunca puede acostumbrarse.

de las palabras de Ramírez estaba bastante clara, pero, por lo poco que lo conocía, sabía que el viejo Ramírez no se referiría abiertamente, no otra vez, después de que ella le hubiera dado la espalda aquel día en el puente, a lo que ocurría en la última planta de la casa cuando sacaba a los perros y a la mujer de Quiroga a pasear mientras ella se quedaba a solas con el marido.

— Los dos somos iguales —respondió, al cabo—. Tú y yo somos unos supervivientes que tenemos que aprovechar lo que encontremos en la vida, ¿sabes? Y la gente como Quiroga existe para que podamos servirnos de ellos igual que ellos se sirven de nosotros.

Pero yo soy un viejo, maldita sea, estuvo a punto de replicar. Yo soy un viejo acabado y tú eres una joven hermosa, con toda la vida por delante. Mas no abrió la boca, Carmen había soltado su mano y de repente se sintió solo, más solo de lo que había estado nunca.

—¿Acaso crees que me gusta hacer lo que hago? ¿Acaso crees que me gusta que Quiroga me toque? Pues no, no me gusta, pero te diré una cosa, es mucho peor ser pobre y ni siquiera tener los quince céntimos para pagar el tranvía.

—¿Te vendrías conmigo? —la interrumpió el indiano, con el puño crispado sobre la mesa— ¿Te marcharías conmigo?

Carmen sonrió, resignada. La cola le cayó sobre los hombros en un despreciativo gesto.

—No has entendido nada. Mírame bien. Me tienes idealizada porque tienes los años suficientes para ser mi padre. Pero yo no soy nadie, soy una desgraciada, igual que tú, que tampoco tienes donde caerte muerto a pesar de llevar esos trajes usados de tu jefe y fumar esos puros que le distraes de vez en cuando.

Ramírez hizo un esfuerzo para bajar la saliva que se le agolpaba en la garganta mientras negaba lentamente. Tenía

razón, pero no quería admitirlo, y tampoco quería que se enfadara con él. Le gustaba estar allí sentado junto a ella, aunque le hablara en ese tono, aunque todo fuera tan falso como los amadeos de plata que guardaba en el cinturón para las apuestas en los casinos de la calle Sierpes. En todas las farsas, pensaba, había una verdad irrefutable, y era que tarde o temprano alguien te descubre, algún listo coge el duro falso de plata, lo deja caer sobre una tarima de mármol y el sonido espúreo no deja lugar a dudas; o una jovencita por la que has perdido el seso te aclara las verdades esenciales de la vida, uno de los últimos días de primavera, a la sombra de una terraza en la Alameda de Hércules. Arrastró la mano despacio, sobre la húmeda tarima, pero los dedos de Carmen ya se habían marchado, entrelazados, tensos sobre el regazo sobre el que ella fijaba ahora sus ojos, con las facciones congestionadas mientras el limpiabotas, con la colilla en la oreja, frotaba un trapo contra los zapatos de un hombre joven que leía el periódico en la mesa de al lado.

Pasaron unos largos minutos sin que ninguno de los dos abriese la boca. Ramírez dejó unas monedas en la mesa y siguió a Carmen que corría a refugiarse en un portal del chaparrón que había empezado a derramar agua sobre la Alameda. El aire se enfrió, sin previo aviso, y el viejo indiano se quitó la chaqueta blanca para colocarla sobre los hombros desnudos de la muchacha. La oyó suspirar mientras le ajustaba la prenda, y durante un instante le pareció que estaba a punto de apoyar la cabeza en su hombro, pero no llegó a saber si aquélla había sido la verdadera intención de la muchacha o si se trataba de un espejismo provocado por sus ansias de sentirla más cerca.

Ella nunca sería para él, lo había sabido siempre, pero

dificultad de la vida estribaba en reconocer las cosas, no en saberlas. Y él era un don nadie que había malgastado su vida a la sombra de Quiroga esperando una oportunidad que jamás había pasado por delante de sus narices. Pero, mientras estuviera cerca, la ayudaría, pasearían juntos cada vez que ella lo deseara, estaría alerta por si alguna vez lo necesitaba.

Cuando el viejo escritor piensa en aquellas semanas anteriores a la guerra civil no le queda otro remedio que dar la razón a su padre: a poco que uno echara un vistazo a la calle, incluso si sólo se tenían catorce años, un acné incipiente y el alma perdida por una niña que prestaba más atención a los juegos sobre la acera con sus amigas que a sus denodados esfuerzos por llamar su atención, ni aunque se embadurnase inútilmente en agua endulzada con miel, flores y colonia, la situación de Sevilla en los primeros meses del 36 era poco menos que preocupante. Todos los días había soldados apostados en los tejados del Banco de España, en la plaza Nueva. Los cacheos y las detenciones eran tan frecuentes que la gente estaba tan acostumbrada a verlos como a los tranvías o a los coches de caballos que esperaban pacientes a los clientes en la avenida de la Libertad. En los dos bandos había grupos incontrolados, los mismos que acabarían por enfrentarse pocos meses después.

El caso es que, desde que el Frente Popular ganó las elecciones en febrero de 1936 por un estrecho margen, estaba claro, y sobre todo para su padre, cuyo afán por acabar con las reservas de coñac de la bodega se convirtió a partir de entonces en una obsesión irrefrenable, que la guerra civil era un hecho tan inevitable como la llegada del implacable verano. Pero, pese a todo, la vida seguía en la ciudad, y en la Librería Stern, donde

los clientes, a pesar del cierre inminente, seguían acudiendo para dejarse vender libros por el enigmático alemán que los engatusaba con su mirada haciéndoles ver sólo los ejemplares de los que él quería deshacerse antes de cerrar para siempre el local. El viejo escritor ha pisado muchas librerías a lo largo de su vida, y jamás ha vuelto a encontrarse con alguien que influyese, de una manera tan simple como una mirada, en las decisiones de sus clientes.

Pero aquellos primeros días del verano del 36 sucedió un hecho que agradó especialmente al muchacho: aunque para el viejo Ramírez la vida transcurría con la misma desidia de siempre, sus ojos negros resplandecían frente a la librería cuando Carmen, que ya se había resignado a devolverle el saludo con una sonrisa o una inclinación de cabeza, se paraba algunas veces para hablar con él cuando regresaba de la academia de corte y confección.

Mas la mujer de Quiroga, para quien el interés del viejo Ramírez por Carmen no había pasado desapercibido en ningún momento, se empeñó en que el criado la sacara del brazo a pasear también por las tardes, junto a los perros, igual que hacía por las mañanas cuando su marido se quedaba a solas con la muchacha. Llegaban, pues, los cuatro, Ramírez, la mujer de Quiroga y los dos perros, a la altura de los veladores del Kiosco de las Flores, junto al río, pocos minutos antes de la hora a la que Carmen pasaba de regreso de la academia.

Por eso el muchacho lo vio cabizbajo a través del escaparate, sentado junto a la esposa de Quiroga: era la hora de pasar Carmen y ahora tenía a la guardiana vigilando. Fue entonces cuando, mientras la vieja abría la sombrilla para protegerse del sol justiciero de la tarde, se dio cuenta de que Carmen se dirigía hacia el puente. Ramírez se levantó y al muchacho le pareció que iba a cometer una locura, porque se

había quedado absorto mirando los andares de la muchacha que iba a pasar junto a ellos. La mujer de Quiroga estaba dejándose lamer la mano tranquilamente por uno de los perros cuando el viejo Ramírez se levantó despacio, como atraído por un imán poderoso que tenía cuarenta años menos que él y se acercaba sonriendo. Entonces un cochero que enfilaba el puente hacia la calle Reyes Católicos le silbó desde el pescante. El niño temió por un momento que Ramírez perdiera los nervios, pero tan sólo le dedicó al conductor una rápida mirada de desprecio para después acercarse despacio hasta la baranda del puente, y levantarse ligeramente el ala del jipijapa justo en el momento que pasaba Carmen, que le devolvió el saludo con una sonrisa.

Ramírez! —ni Stern ni el niño habían oído nunca los gritos de la vieja, pero cuando traspasaron el vidrio del escape se les antojaron tan agudos como los ladridos de los caniches.

--¡Ramírez! —repitió, y el viejo fanfarrón se volvió despacio, al tiempo que se encasquetaba el panamá con mala uva. Sin atreverse a mirar otra vez a Carmen, que enfilaba decidida el puente, abandonando Triana hasta el día siguiente, arrastró los pies hasta la mesa donde la vieja y los caniches, que ahora ladraban incansablemente, lo esperaban malhumorados.

Al niño nunca le había dado tanta pena de Ramírez como hasta ese momento. Siempre lo había visto como un simpático fanfarrón, como un embustero que trataba de engañar a la vejez inventando una vida de ensueño que jamás había disfrutado, pero ahora, cuando se sentó junto a la vieja que le regalaba una implacable reprimenda, sintió una enorme desazón. Y estaba seguro de que Stern, pese a todo lo que debía de haber visto a lo largo de su vida, también se compadeció de

calurosa tarde de principios de verano del treinta y seis el alemán sacudió la cabeza, apesadumbrado igual que cuando recibía aquellas cartas de Alemania y se pasaba tardes enteras encerrado en la primera planta sin bajar a la librería, se volvió muy despacio, como si no estuviera del todo seguro de los malos pensamientos que le rondaban la cabeza, y miró de soslayo durante unos segundos aquel libro solitario, aquel que el niño nunca había abierto y que entonces no pudo imaginar que no tardaría mucho en coger, en lo alto de la estantería, apartado del resto, el único ejemplar de toda la librería Stern esperando a ser comprado para alguien a quien se odiase, indiferente al resto de los pocos volúmenes que quedaban.

A finales de junio Stern llevaba meses sin encargarse un nuevo pedido. El muchacho pensaba que, si las ventas seguían al mismo ritmo que ahora, las estanterías pronto terminarían por quedarse vacías. Aquel libro de donde había sacado el remedio del agua con flores, miel y colonia, se lo había llevado un cliente maduro a precio de saldo la primera semana de junio. A finales de mes, cuando le dieron las vacaciones en el colegio, sólo quedaban una docena de libros para las personas queridas.

El niño miró los pocos libros que restaban en los anaqueles dispuestos detrás del mostrador como una posibilidad desesperada: al día siguiente María se marchaba con su familia a Valencia. Él se marcharía a Cádiz con sus padres el día veinte. Iban a pasar mucho tiempo sin verse, y estaba tan desesperado que una tarde, pocos días antes, cuando la encontró jugando con las amigas al regresar del trabajo en la librería, le había prometido regalarle un libro especial.

—Señor Stern —le dijo, después de pensárselo mucho—, quisiera pedirle un favor. Hay un libro que quisiera

comprar, un ejemplar de éstos — señaló con la barbilla los pocos que quedaban detrás del mostrador—. Es para una... —dudó antes de terminar la frase, le daba vergüenza confesar que estaba enamorado— Se trata de una persona que me interesa mucho... Me gustaría, y se lo digo como cliente, no como empleado, que me recomendara un libro para que esa persona se fijase en mí.

—Ach, so... —Stern enarcó las pobladas cejas, y al muchacho le pareció que lo observaba con cierto divertimento. Pero el chico no le devolvió la mirada porque estaba muerto de vergüenza, y Stern se dirigió a la estantería y sacó uno de aquellos pocos libros que quedaban.

El libro en sus manos se transformó de repente: ya no se trataba de un volumen muerto con la encuadernación gastada y llena de polvo colocado en una estantería de la Librería Stern, sino de un objeto mágico, resplandeciente, que transformaba de inmediato el ánimo de quien lo sostenía. Los ojos transparentes del alemán brillaron tras las hebras de cejas plateadas que capoteaban sobre su mirada.

—Te lo regalo —le dijo, por fin— Es un libro muy especial, ya lo verás, un libro que sólo puede regalarse a una persona a la que se quiere mucho.

Fue la última vez que el niño vio sonreír a Stern. Pero no era el cierre inminente del negocio lo que causaba su tristeza. El chaval no temía que Stern fuera a pasar apuros económicos, más bien al contrario: lo consideraba un hombre capaz, con facultades para subsistir con lo mínimo, aunque nunca le había parecido que le faltasen recursos. Le había contado que se marchaba a Inglaterra, y desde allí embarcaría rumbo a Palestina.

—Se avecinan malos tiempos —le dijo, poniéndole la mano firme y huesuda sobre el hombro, mirando de soslayo los

carteles de una y otra tendencia que adornaban la calle, recordando tal vez los últimos incidentes acaecidos en la ciudad—. Pronto verás por qué.

Parecía ver el futuro, lo piensa ahora el viejo escritor igual que lo pensó de niño la segunda semana de julio del 36, poco antes de la guerra, cuando el teniente Castillo fue asesinado y pocos días después le sucedió lo mismo a Calvo Sotelo.

Hacía tanto calor que el sudor le chorreaba por la espalda, bajo la camisa. Aún era de día, acababa de salir de la librería. Cerca de su casa María jugaba con sus amigas sobre la acera, lo hacían a menudo, cuando aflojaba el calor, hasta que oscurecía. El muchacho llevaba el libro agarrado fuerte, rezando para que el sudor de la mano no estropease la encuadernación de piel. Sonrió al recordar la frase que le había dicho Stern antes de cerrar: "Los libros que se compran para alguien que se quiere son los que lo hacen feliz a uno mismo también".

Las amigas de María cuchichearon al verlo plantado frente a ellas en la acera, con la camisa blanca, húmeda de sudor, los pantalones cortos planchados y las alpargatas.

—Te traigo el libro aquel del que te hablé. Como te marchas mañana, había pensado que te gustaría llevártelo, para leerlo en el tren quizá.

María cogió el libro sin mucho entusiasmo y se quedó mirando al muchacho. No la iba a volver a ver hasta después del verano, cuando empezaran de nuevo las clases, pero la lengua se le había hinchado dentro de la boca impidiéndole decir alguna palabra.

—Gracias —dijo al cabo, bajando los ojos hasta las páginas del libro que acababa de abrir. Lo hojeó, sonrió y repitió—. Gracias, de verdad.

El niño se encogió de hombros y respondió.

—Bueno, ya nos veremos después del verano.

María no le contestó. Con el libro en la mano la vio regresar a donde la esperaban sus amigas. El chico chasqueó la lengua, contrariado. Algo había fallado, y no se lo podía creer. El vaticinio de Stern infalible con todos los clientes, había fallado con él. Ella no le había dicho nada especial, sus ojos no se habían puesto a brillar y nada mágico sucedió. Durante el eterno instante en que la vio encaminarse despacio hasta donde la esperaban sus amigas el chico maldijo a Stern, aunque se arrepintió antes de concluir el pensamiento, por no haberle recomendado el libro adecuado; se avergonzó de sí mismo por haber sido tan ingenuo y de repente se sintió tan ridículo que deseó que el suelo lo enguliese para siempre.

Pero entonces, María se detuvo, giró la cabeza y se demoró mirando el suelo unos segundos, como si también buscara una respuesta a lo que estaba a punto de hacer. Luego, se le acercó sonriendo, sin prisas, le dio un beso en la mejilla, y el agujero del estómago se abrió como un abismo. Era la primera vez que lo besaba una mujer, aunque fuera una niña, y perdió la noción del tiempo cuando la vio perderse entre el murmullo de risas y de cuchicheos que su gesto había provocado en las amigas.

La última vez que el muchacho vio juntos al viejo Ramírez y a Carmen fue también la única y la última noche que estuvo con María. Como se marchaba al día siguiente a Valencia la invitó al cine de verano que habían instalado, pese a la polémica con las autoridades, en la Plaza Nueva, frente al hotel Inglaterra. Era la única oportunidad que tenían para verse hasta después del verano, puesto que él se marcharía a Cádiz

con los suyos. Para entonces, le explicó a María, ya estará cerrada la librería. Le había echado coraje y se había vuelto después de que lo besara para invitarla al cine. Ella había dicho que sí y, cuando estaban los dos sentados frente a la pantalla, antes de que empezara la película, el chico tuvo que pellizcarse más de una vez para creerse lo que le estaba pasando.

—Ya apenas nos quedan libros —le dijo—. Stern tiene pensado marcharse a Palestina. Tiene previsto viajar hasta Inglaterra y desde allí obtener un visado para viajar a la Tierra Prometida.

Como era la primera vez que salía con María no había podido evitar que el hermano pequeño los acompañase. El viejo escritor sonríe con nostalgia al recordar aquella noche, la única noche que salió con María, cuando fueron los tres, el muchacho, María y su hermano pequeño al cine Capitol y, cuando la película había empezado, vieron como el viejo Ramírez y Carmen se abrían paso entre las quejas de algunos espectadores para sentarse en alguna de las sillas de la primera fila.

Aprovechando que el hermano de María había ido a comprar una gaseosa, el muchacho deslizó la punta de los dedos, muy despacio, por el brazo de la niña. Sintió cómo se le puso la carne de gallina a la chiquilla que, después de mirar para asegurarse de que su hermano pequeño no iba a volver inmediatamente, apoyó la cabeza en el hombro del muchacho, que en ese instante sería la persona más feliz del mundo si no hubiera estado observando al viejo Ramírez, que, en el mismo momento que María descansaba la cabeza en su hombro, tenía cogida la mano de Carmen mientras ella miraba la pantalla con indiferencia.

—Está enamorado —murmuró el chico.

—¿Qué? —María había separado la cabeza de su hom-

bro, su hermano estaba a punto de regresar con las gaseosas.

El muchacho señaló a la pareja con la barbilla.

—Ramírez, el viejo Ramírez. Está enamorado de Carmen. ¿Los ves? Están los dos ahí delante, en una de las primeras filas.

María entornó los ojos para escrutar la penumbra antes de asentir no muy convencida.

—Me da pena ese hombre. Llevo meses observándolo, desde que empecé a trabajar en la librería. Está loco por Carmen, y, aunque ella no le presta ninguna atención, la acompaña a todos lados, la cuida, un día incluso vi cómo le pegaban porque salió en su defensa.

María suspiró. Su hermano había regresado con tres gaseosas y sorbía ruidosamente de la suya.

Al muchacho se le habían quitado de repente las ganas de ver la película. El viejo Ramírez le hablaba a Carmen, con la voz queda, muy cerca de la oreja, sin soltarle la mano, y ésta asentía de un modo imperceptible, sin dejar de mirar la pantalla, y el niño no pudo discernir cuál de las dos cosas le interesaba menos, la película o la conversación del viejo indiano.

El viejo escritor ha reescrito aquella escena de modo diferente en muchas de sus novelas, pero todas se reducen a lo mismo: un hombre se despide de una mujer y no sabe que ésa es la última vez que se verán, bien porque algo le ocurra a alguno de ellos unas páginas más adelante o bien porque una circunstancia inesperada, como de verdad les sucedió a ellos, se interponga entre los dos separándolos para siempre.

Habían salido del cine nada más acabar la película

ruborizado ante la mirada de un mocoso. Habían paseado por la calle Zaragoza hasta la casa de María, unos pocos pasos por detrás del hermano de esta, que se entretenía pasando un dedo por las fachadas de las casas. Se había levantado fresco y Carmen llevaba sobre los hombros la rebeca azul marino con la que se había tapado las piernas en el cine. No llegaron a cogerse de las manos, tan sólo tenían el dedo meñique entrelazado para poder separarse rápidamente si, en un momento dado, el hermano se volvía. Cruzaron la calle Reyes Católicos y se quedaron los dos callados, con las manos separadas, delante de la puerta de la casa de María. Se quedaron mirando el uno al otro sin saber atreverse a decir nada. Dentro de un par de meses volverían a verse, tampoco era tanto tiempo.

El muchacho tosió antes de hablar, para romper el silencio.

—Bueno...

María se encogió de hombros y sonrió. Llevaba el pelo suelto, sujeto con una diadema blanca. La hubiera abrazado allí mismo si el hermano no estuviera tan cerca, impaciente por subir.

—Bueno —respondió ella al cabo, sin dejar de sonreír. El chaval se encogió de hombros. Ya era hora de marcharse.

—Nos veremos al final del verano —dijo.

—Claro que sí.

Se despidieron con un beso en la mejilla. Se separaron despacio, rozándose los dedos sin querer despegarse todavía.

El muchacho se quedó un rato clavado en la acera, frente a la casa. Ya debe de haber llegado al final de las escaleras.

aquella fecha futura que ahora le parecía tan ignota. Lentamente, se encaminó hacia la calle Pablo Iglesias. Antes de girar a la derecha miró al frente, al puente. Casi se podía ver la Librería Stern al otro lado, y la casa de Quiroga. Se detuvo unos momentos en la esquina recordando al viejo Ramírez. No podía evitarlo, sentía lástima de Ramírez, la había sentido desde que lo vio por primera vez tocarse el ala del jipijapa mientras Carmen mostraba la misma indiferencia que había observado en el cine cuando el indiano le susurraba al oído sin soltarle la mano, para que no se le escapara, para que lo dejase estar junto a él.

Ya había negado con la cabeza, en silencio, para sacudirse el recuerdo de Ramírez cuando oyó una voz a su espalda.

María estaba en la puerta de su casa. Había bajado y él no se había dado cuenta, ensimismado como estaba pensando en el viejo Ramírez. Inspiró muy hondo, y aún no había soltado el aire cuando ya estaban abrazados. Se la comía a besos, con los labios le recorrió los suyos, las mejillas, los párpados. La abrazó tan fuerte que le dio miedo romperla en dos pedazos. En ese momento habría hecho cualquier cosa que ella le hubiera pedido.

Perdieron los dos la noción del tiempo, abrazados en la esquina, hasta que desde el balcón de la casa de María, un carraspeo les advirtió que había llegado la hora de despedirse.

—¡Nos veremos al final del verano! —gritó él, antes de que ella se perdiese tras la puerta de su casa.

Todavía se quedó en la acera unos minutos, hasta que vio apagarse las luces de la casa. Entonces, enfiló el camino hasta la suya, y, una vez hubo doblado la esquina, seguro de que nadie en casa de María lo vería, encogió el cuerpo para coger impulso, y cerró los puños, profiriendo un alarido de alegría antes de saltar hasta el cielo. Nunca, nunca en su vida se había

sentido tan feliz.

El libro lo decía bien claro: para que el remedio tuviese efectos duraderos había que repetirlo al menos tres veces durante tres meses. Aquella noche el niño no pudo conciliar el sueño. Aún sentía en la boca del estómago el cosquilleo de haber besado á María, pero ella se marchaba mañana, y le daba miedo pensar que cuando regresara no se acordase de él, que ya no quisiera besarlo otra vez, que sintiera vergüenza al mirarlo. No estaba seguro de qué había inclinado más la balanza en su favor, si el libro que le regaló Stern o el baño de miel y agua con flores. Tal vez los dos por igual, y, si el resultado de embadurnarse dos veces en miel y bañarse en agua con flores había sido espectacular, terminar el conjuro debía de ser tan maravilloso como encontrarse en el paraíso.

Llevaba dos horas dando vueltas en la cama sin pegar ojo cuando resolvió levantarse para acarrear el lebrillo hasta su habitación donde vació el contenido de dos jarras. Hacía una noche estupenda, una fresca brisa se colaba por la ventana, desde el Guadalquivir. El baño era ahora mucho más apetecible que las otras dos veces, sobre todo la primera, cuando tiritaba de frío con sólo pensar que habría de mojarse. Repitió el acto, solemne, preguntándose si no habría de pronunciar alguna palabra mágica para que los ingredientes cuajasen en una buena receta.

Luego, se secó con un trapo antes de correr hasta la fuente con un cántaro sujeto a cada mano. Miró el cielo cuando regresaba a casa para recoger el tercer cántaro: amanecería dentro de unos minutos. Habría de darse prisa si no quería encontrarse a su padre levantado. Una vez que lo hubo llenado,

el camino de regreso, siete minutos con el cántaro lleno de agua, lo tenía cronometrado, el tiempo justo de llegar, dejar el agua en su sitio y acostarse para que su padre no se diera cuenta de que se había pasado buena parte de la noche yendo y viniendo a por agua de la fuente. Y, recuerda el viejo escritor, con una sonrisa en los labios, que habría llegado a tiempo, seguro que sí, habría dejado el cántaro lleno de agua junto a los otros dos y nadie se habría dado cuenta de nada si, antes de doblar la esquina, al otro lado de la avenida, no hubiera visto la imponente figura enjalbegada con el jipijapa, saliendo del puente de Triana hacia la Torre del Oro con una vieja maleta a cuestas.

Abrió la boca para llamarlo, pero no le salió la voz. Parecía que el viejo Ramírez se marchaba, solo, caminando por la acera de la avenida que discurría junto al río.

Dejó el cántaro en el suelo y se adentró él mismo en la avenida para asegurarse. No había duda, era él: caminaba resuelto, equipaje en mano rumbo a la Torre del Oro. Al final, todos se marchaban: María a Valencia, Stern a Inglaterra y de allí a Palestina, y Ramírez, no estaba claro, aunque presumiblemente embarcaría en algún vapor hacia Sanlúcar de Barrameda, o hacia Cádiz, y luego, quién sabe dónde. Durante los últimos días no había visto ninguna clase de indicio que anticipara su marcha, ni siquiera a Stern parecía habérselo insinuado.

El muchacho suspiró largamente, sin dejar de mirar al viejo indiano. Los días que aún permaneciera abierta la librería Stern no serían lo mismo sin Ramírez y sus ademanes de rico hacendado venido a menos. Regresó despacio hasta la esquina y enfiló, cabizbajo, en dirección hasta su casa, donde su padre, con el ceño fruncido, lo esperaba recién levantado para preguntarle en qué coiones andaba metido.

El viejo Ramírez regresó cabizbajo por el paseo Colón, poco después del alba, con el exiguo equipaje a rastras: una maleta desvencijada, un viejo cajón de piel con las esquinas reforzadas de metal. Había llegado al amanecer a la Torre del Oro con una pequeña esperanza que no llegó a cumplirse, sabiendo de antemano, pero sin llegar a reconocerlo abiertamente —maldijo aquella constante en su vida— que no tendría las agallas suficientes para subir al barco si la muchacha no aparecía. Se aferró con fuerza al asa de la maleta cuando el vapor partió hacia Sanlúcar. No podía vivir sin ella, ya no. Carmen no se había presentado, y él no había tenido el valor de emprender aquel último viaje de su vida con la única compañía de su vieja maleta. Era ésa la razón por la que no le había dicho nada al matrimonio Quiroga, para poder dar marcha atrás en el último momento sin tener que dar un montón de explicaciones engorrosas. A sus años había cometido una chiquillada. Supo desde el principio que Carmen no se iría con él, se lo había dejado claro muchas veces, demasiadas: aquel día, al borde del puente de Triana, en el mismo lugar por donde ahora enfilaba el último tramo del trayecto hacia la casa de Quiroga; lo supo aquella tarde que empezó a llover en la Alameda de Hércules, y también lo supo anoche, cuando le cogió la mano a la sombra de pantalla del Capitol y le dijo que ya no aguantaba más, que no podía quitarse de la cabeza lo que hacía cuando se quedaba sola con Quiroga. El se marchaba, le dijo, cogería un barco hasta Sanlúcar de Barrameda y desde allí viajaría hasta Cádiz. Ya era viejo, añadió, pero no demasiado para embarcarse en algún buque que partiera hasta Las Antillas, donde todavía no le sería

me queda nadie aquí, he pasado toda mi vida fuera. Me da igual morir en un lugar que en otro... mientras esté a tu lado.

Pero Carmen no había dejado de mirar la pantalla durante todo el tiempo. A sus sesenta y tres años no llegaba a comprender a algunas mujeres, acaso a ninguna, pero ahora, hablándole a esa que seguía absorta la película mientras asentía levemente con la cabeza, era a sí mismo a quien menos entendía. Toda la vida dando tumbos por medio mundo para esto, para regresar a la ciudad que lo había visto nacer, una ciudad donde las calles no lo reconocían al pasear, un lugar donde los rostros de los habitantes lo ninguneaban pese a su falsa apariencia de rico hacendado. Había vuelto, sin poderlo evitar, al lugar donde desembocaba toda el fracaso que arrasaba desde que tuvo uso de razón, y frunció el ceño, severo, al traspasar, maleta en mano, de nuevo el umbral de la casa de Quiroga, al recordarse la noche anterior, bajo la pálida luz del proyector del Capitol, hablándole a una mujer que tal vez no lo estaba escuchando. Pero la culpa es mía, se dijo cuando se tumbó en la cama, sin quitarse la ropa, exhausto de fracaso. La culpa es mía y no suya, porque ella, después de todo, ha sido sincera conmigo, me ha dicho la verdad y he sido yo quien se ha hecho falsas ilusiones.

Hacía mucho calor cuando se despertó. Se calzó el jipijapa y se asomó por la ventana. Era media mañana. La mujer de Quiroga estaba sentada en la terraza del bar, acompañada de los dos caniches, junto al río. Tal vez había aporreado su puerta para que la acompañase a la terraza y él no se había despertado. Se encogió de hombros. Nadie se había percatado de su marcha, pues. Con cuidado, se quitó la chaqueta arrugada y la dejó encima de la cama. Después se despojó de la camisa .y de los zapatos v. vestido sólo con los pantalones que había

reservado para el viaje que no había llegado a emprender y una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto unos hombros anchos que tiempo atrás fueron poderosos, encendió un largo habano, uno de los últimos que había despistado de las reservas de Quiroga. Hoy no escuchaba gemidos en el piso superior, aunque eso tampoco significaba que no estuviera sucediendo nada entre Carmen y Quiroga. Alguna vez había sentido la tentación de subir y sorprenderlos en una situación comprometida, pero, después de todo, él podía ser un fanfarrón, pero no una mujeruca curiosa.

Con el dorso de la mano limpió la ceniza que le había caído sobre el pantalón. A sus arios, él mismo se asombraba del cuidado extremo que prestaba a su imagen. Era un don nadie, aquello jamás se lo negaba a sí mismo, pero cuidaba su indumentaria y sus modales como si se hubiera educado en los más exquisitos colegios, él, que ni siquiera había podido ir a la escuela. Aquel alemán era el único que le hacía sentir que sabía la verdad cuando lo traspasaba con esos ojillos transparentes. Aún así, le parecía un buen tipo. Lástima que estuviera liquidando las existencias de su negocio. Apenas quedaban libros. Ramírez echó un vistazo al local desde la ventana. Allí estaba el muchacho, en pantalón corto tras el mostrador, le habrían dado las vacaciones en el instituto porque desde que empezó el verano trabajaba a jornada completa. Hacía varias semanas que no bajaba a comprarle nada a la mujer de Quiroga. Ya quedaban pocos libros: los que se compraban para las personas que se quieren habían sido los primeros en desaparecer de las estanterías de la librería cuando Stern colgó el cartel de liquidación en el escaparate. Sólo quedaban unos pocos de los que, según el alemán, se compraban para un compromiso, y algunos menos de los que se adquieren para uno mismo. Sin embargo, creía recordar, aquel libro que el alemán le había

recomendado alguna vez, tan serio que incluso lo hizo estre-
mecerse, era aquel ejemplar solitario que reposaba en sentido
horizontal, en lo alto de la estantería del fondo.

Poco antes de la hora de comer, Carmen bajó a recoger
a la mujer de Quiroga. Ramírez esperaba paciente, todavía
descalzo, sentado en una silla desportillada, con la puerta de la
habitación bien abierta para que se lo encontrase cuando bajase
las escaleras. Fueron las piernas lo primero que vio de la
muchacha, y luego su espalda cuando pasó delante de la puerta
de su habitación sin detenerse. Luego, le vio el perfil al girar en
el siguiente tramo de escalera. Entonces se detuvo y giró la
cabeza despacio, y sus ojos se encontraron con los suyos, que
la observaban tras una nube de humo denso que escapaba
lentamente, como si no quisiera abandonar al viejo Ramírez,
por la ventana.

Muchas veces, al verla bajar de la planta de arriba, como
hoy, le hubiera gustado encontrarla desmaquillada, despeina-
da, con los labios hinchados después de un rato de pasión, pero
todas las veces, maldita sea, igual que hoy, le había resultado
imposible encontrar en el rostro de Carmen una prueba
fehaciente de un escarceo con Quiroga. Incluso ahora, cuando
deseaba odiarla con toda su alma porque lo había dejado tirado
en el muelle esperando un barco al que nunca llegó a subir, no
pudo, y, lo peor de todo, tuvo la certeza de que jamás podría
tener un mal pensamiento respecto a ella, ni aunque la viera
bajar arreglándose el pelo, con el carmín corrido como un
maquillaje grotesco a un lado de la boca. Fue incapaz de
rebuscar una mínima dosis de odio cuando ella lo miró y sonrió,
parecía no saber muy bien qué hacer, y asintió despacio, el
mismo gesto inexpresivo que le había visto unas pocas horas
antes en el Capitol, cuando le pidió que se marchara con él para

emprender una nueva vida juntos. Todavía estás ahí, parecía decir la muchacha; aún no te has marchado. Pero el viejo Ramírez no escuchó una sola palabra de sus labios cuando reanudó sus pasos, sin prisas, en busca de la mujer de Quiroga, que debía de estar desesperada junto a los dos caniches en la terraza del bar.

En la Librería Stern apenas quedaban volúmenes, pero no era ése el único motivo por el cual la vida del chico ya no era la misma. Aunque el muchacho tenía previsto marcharse a Cádiz con su familia la tercera semana de julio, su ilusión se había ido apagando como la luz de una vela. Aunque la vida en el barrio no parecía haber cambiado, la tragedia inminente flotaba en el aire. Y no pensaba el niño sólo en los problemas políticos o en los disturbios callejeros. Eran otros pequeños detalles que lo rodeaban los que más le preocupaban: la mirada perdida de Ramírez, que ya no podía soportar más —seguro que el calor de julio en la ciudad tuvo algo que ver, piensa el viejo escritor— sacar a pasear a los caniches. Su mirada reflejaba cuánto se maldecía a sí mismo por depender de aquel matrimonio gruñón, por no haber sido capaz de contener sus impulsos, por dejarse arrastrar por la pasión del juego en los casinos de la calle Sierpes, por no haber sido capaz, pese a su pose arrogante y su sombrero panamá de Febres Cordero, de convencer a Carmen para que dijera al infierno con todo, o quizá es que sabía que en el fondo él nunca sería suficiente para Carmen, y le daba miedo marcharse con ella, porque lo que temía era fracasar y quedarse solo otra vez, a sus años, como había pasado toda su vida.

Pese a todo. el muchacho lo vio acercarse aquella última

quería que fuese a trabajar: el ambiente estaba muy caldeado después de que asesinaran a Calvo Sotelo y le daba miedo que algún incontrolado la tomase con él. Pero el niño había hecho caso omiso a las advertencias de su madre, apenas quedaban libros en el local de Stern y se había propuesto seguir en la librería hasta que cerrase definitivamente sus puertas.

Más que los acontecimientos que se estaban cocinando en la ciudad, pues, fue la mirada del viejo Ramírez lo que le dio miedo aquel viernes por la tarde. Entró en la librería con los ojos negros hundidos, pero intentando aparentar serenidad, cuando le estrechó la mano y le preguntó por Stern

Aún hoy, más de sesenta años después de aquello, el viejo escritor se pregunta si hizo bien al venderle aquel libro. No puede olvidar la escena, aquella tarde que el viejo Ramírez se le quedó mirando, bajo la falsa apariencia de normalidad que sus ojos contradecían. Y el niño, que lo conocía lo bastante como para interpretar que la situación que estaba viviendo le reconcomía el alma, intentó aparentar que no se daba cuenta, fingió no haberlo visto pasear por la ciudad detrás de Carmen, y tampoco le dijo que él también estaba en el cine Capitol aquella noche que lo vio con ella. El muchacho no tenía dudas del sufrimiento del viejo Ramírez, y entonces, con tan pocos años, no llegó a imaginar el alcance de su decisión, cómo iba a saberlo. Así que, mientras el viejo Ramírez encendía el aromático habano, colocó la escalera junto la estantería y subió despacio los peldaños, sin dejar de mirar con el ceño fruncido al indiano mientras exhalaba una densa bocanada de humo que se disipó antes de alcanzar el techo de la librería. Lo ensartó con aquellos ojos negros, y su mirada lo hizo tambalearse en la escalera, a punto de estuvo de perder el equilibrio. Tragó saliva antes de rozar con la punta de los

sintió pesado al bajar pausadamente los peldaños de la pequeña escalera, o fue tal vez, piensa el viejo escritor, la mirada de Ramírez lo que estuvo a punto de hacerlo caer. Antes de poner los pies en el suelo, sopló el polvo de la cubierta de piel. Se trataba de un libro grande, antiguo, no hacía falta abrirlo para advertir los anchos márgenes, la doble columna, con letra tal vez gótica, en el papel amarillento, viejísimo.

Frente a él, Ramírez sonreía, complacido. Al fin y al cabo, se trataba de una especie de trueque, de un favor por favor, no en vano había sido el indiano quien le indicó en aquel otro libro lo del remedio caribeño para el mal de amores.

Lo vio salir de la librería, alto y fuerte, aunque algo cargado de espaldas, colocándose el sombrero panamá al cruzar el umbral. Dio una larga y lenta chupada al habano antes de cerrar, mirándolo, sin dejar que la sonrisa le abandonara el semblante. Aún siguió viendo su gesto grabado en el aire cuando cruzó la calle con el libro bajo el brazo, el único volumen que había en la Librería Stern para las personas que se odian, para las personas que se odian profundamente.

El muchacho no pudo pegar ojo la noche que precedió al día que los periódicos anunciaron la sublevación militar en Canarias y el norte de África. Su padre pasó aquella mañana del sábado 18 de julio dando largos sorbos de una copa de coñac, asomado a la ventana mientras el chiquillo no podía apartar de su cabeza al viejo Ramírez, entrando en la librería con el traje arrugado y el panamá descolocado a un lado de la cabeza para llevarse aquel libro que Stern le había ordenado no vender. A estas horas, pensaba el muchacho, ya será tarde, demasiado tarde: si Stern ya había echado en falta el libro, seguro que no le habría costado demasiado imaginar en manos de


estaba. Él ya había terminado su trabajo en la librería, se había despedido de Stern la tarde anterior, aunque había quedado en volverse a pasar el lunes, antes de marcharse a Cádiz. Estuvo nervioso, sin atreverse a contarle que le había vendido aquel libro al viejo Ramírez, aunque sospechaba que el alemán, cuando se despidió de él con un fuerte apretón de manos de su mano helada, ya sabía que había desaparecido de la estantería.

Aquella mañana la madre, que escuchaba las noticias de la sublevación por la radio, no lo dejó salir a la calle. Aunque el locutor aseguró que la situación no era demasiado alarmante y que los rebeldes pronto serían reducidos, la mujer no quería que su hijo atravesara el puente para ir a la librería, por miedo a que lo pillase en medio algún enfrentamiento.

Pero a las doce, aprovechado un descuido de la mujer, mientras el padre dormitaba junto a la última copa de coñac, ya estaba en la calle. No se oían tiros, ni gritos, ni disturbios, y parecía que nada grave iba a ocurrir en la ciudad. Antes de llegar al puente vio cómo Carmen lo atravesaba para dirigirse a la vivienda de los Quiroga. Una hora un poco tardía, pensó el muchacho, para ir a trabajar. El niño se preguntó si también habría esperado en su casa antes de salir para oír las noticias de la radio sobre la sublevación. Ahora caminaba más deprisa que de costumbre, más rápido que cuando sabía que los hombres la estaban mirando. Antes de llegar al otro lado del puente, Carmen se detuvo al ver un grupo de gente en la puerta de la casa de Quiroga. El niño se detuvo en seco al llegar a la altura de la muchacha. Entre el remolino de curiosos vio cómo un guardia de asalto salía del edificio, y tras él, seguido de otro policía, un palmo por encima de las cabezas de la gente, se elevaban las alas del inconfundible jipijapa. Ramírez llevaba las manos a la espalda, esposado.

sus ojos se cruzaron con los de Carmen durante un fugaz y eterno instante. El muchacho lo vio asentir, muy despacio, antes de que el guardia lo obligase a meterse en el coche de un empujón.

Pero no parecía triste el viejo Ramírez cuando se lo llevaron preso, todo lo contrario: los enormes ojos negros le brillaban igual que debieron de brillarle cuando no era más que un jovencuelo y se embarcó para Sudamérica, cuando tenía toda la vida por delante. Pero de todo lo que vio el muchacho, incluso más que los dos ataúdes que esperaban a sus inquilinos sobre la acera, más aún que los ladridos lejanos de los dos caniches, lo que más le impresionó fue la imagen de Carmen junto a la baranda del puente, sobre el río, sollozando por el viejo Ramírez sin que éste se diese cuenta, y no poder gritarle al viejo indiano que la muchacha por fin se conmovió, aunque pensase que nadie la estaba viendo.



El muchacho abrió la boca en un gesto mudo, no le salían las palabras. Quiso echar a correr para acercarse a la puerta de la casa de Quiroga, pero los pies lo retenían como un pesado lastre, manteniéndolo anclado en el puente. Carmen lloraba desconsoladamente, al viejo Ramírez se lo llevaban en un coche, custodiado por dos guardias de aspecto circunspecto. Levantó la mano para ponerla sobre el hombro de Carmen, pero se contuvo en el último momento. Corrió hasta su casa muerto de miedo, sin saber con certeza lo que había ocurrido pero sin atreverse a preguntar a nadie. Aún escuchaba el sollozo inconsolable de la muchacha cuando una ráfaga helada en el cuello lo detuvo. Se volvió y, a lo lejos, los ojos del chico se encontraron con los de Stern, que, en la puerta de la librería, lo miraba con el gesto ensombrecido, como si llevase mucho tiempo esperando que sucediera algo así, asintiendo gravemen-

grises se llevaban al causante de las muertes de Quiroga y su mujer.

Aquel día las cosas cambiaron para siempre. Por la tarde, a medida que el trueno de los cañonazos que llegaba desde la plaza Nueva reverberaba en las ventanas, el padre del chico apuró la última botella de coñac que le restaba en la bodega. La mañana del dieciocho de julio fue la última vez que el niño salió a la calle en cuatro días. Su madre cerró la puerta con llave y se pasó la tarde rezando a la luz de una vela. A escasos metros de su casa, en la esquina que desemboca con la calle Reyes Católicos, justo enfrente del puente de Triana, los milicianos del Frente Popular habían montado un control. A última hora de la tarde contuvieron la respiración al oír cómo eran incendiadas algunas casas cercanas a la suya. Al anoecer cesaron los cañonazos y el rumor lejano y amedrentador de los aviones que arrojaron bombas, nunca las suficientes, sobre los militares sublevados. Durante los cuatro días siguientes hubo momentos en los que se escucharon muchos tiros y muchos gritos. A todas horas pasaban coches requisados por los militares rebeldes a los guardias de asalto anunciando mediante los altavoces el estado de guerra. El lunes, el día que habían previsto marcharse a pasar unos días a Cádiz, llegaron a la ciudad las primeras tropas de Regulares procedentes de África. En unos camiones no más de cuarenta legionarios curtidos en Marruecos, entre los que se encontraban algunos moros aguerridos con las cabezas envueltas en turbantes enarbolando banderas rematadas por una media luna, se paseaban por las calles de la ciudad profiriendo gritos de júbilo, haciendo creer a la gente que su número era con creces superior al puñado de soldados que había desembarcado a primera hora de la mañana en el aeródromo de Tablada. El viejo escritor recuerda cómo en

la radio el general Queipo de Llano anunciaba, no sin grandes dosis de imaginación, el inmediato traslado a la Península de los soldados de África, o el avance de las tropas de Mola y Saliquet sobre Madrid, que, al igual que Barcelona, pronto se rendiría a las fuerzas nacionales.

No fue hasta el miércoles cuando el niño salió a la calle, y cuando lo hizo fue sin el consentimiento de su madre. El día anterior los militares habían tomado el barrio de Triana luego de tres días de resistencia miliciana tras las barricadas de la plaza del Altozano. Cuando cruzó el puente, al niño le costó reconocer el lugar donde había pasado tanto tiempo los últimos meses. Había escombros por todas partes, sacos terreros reventados a balazos yacían esparcidos por la calle, la parte trasera de un tranvía carbonizado asomaba detrás de una esquina, unos metros más allá de un autobús abandonado. Pese a conocerse la plaza de memoria, no llegó a identificar el lugar exacto donde se ubicaba la librería Stern hasta que vió el rótulo colgando cruzado desde lo alto del escaparate. Cuando el viejo escritor recuerda aquellos años siempre se le antojan iguales, sin saber por qué, el rótulo de la librería y el del cine Capitol, que habría de ver el día siguiente, ajado también sobre el pavimento de la plaza Nueva.

Aquel día nadie pudo darle noticia del alemán. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. El muchacho deseó con todas sus fuerzas que no le hubiera pasado nada, que hubiera abandonado la ciudad, que ya estuviera en Inglaterra preparando el viaje a Palestina. Lo deseó aún más al acercarse despacio a lo que quedaba de la librería y ver en la puerta los pocos libros que quedaban el viernes, después de haber sido quemados en un inútil auto de fe. Los cristales del local estaban rotos, la fachada ennegrecida por el humo, las ventanas del piso donde vivía el alemán, que se adivinaba vacío desde la calle, se

sujetaban a duras penas por las bisagras, desvencijadas, a punto de caer sobre los escombros de la calle.

Antes de que pudiera darse cuenta se había echado a llorar. Tenía razón Stern: ya nada volvería a ser como antes. La fachada de la casa de Quiroga presentaba el mismo aspecto lúgubre que la librería Stern. Ya ni siquiera escuchaba los molestos ladridos de los caniches. Una brisa fresca se levantó desde el río y el niño tuvo que llevarse las manos a la boca para detener una arcada. Era el olor de la muerte: docenas de cadáveres yacían apiñados por todas partes; en las terrazas, francotiradores muertos por los soldados, milicianos con la boca abierta en una mueca de sorpresa o disgusto, sobre la acera, descomponiéndose en un olor tan fuerte, por culpa del calor implacable de julio, que el niño acabó vomitando en la puerta de la librería antes de correr como un poseso hacia el puente, para no volver jamás al lugar dónde había pasado los mejores ratos de su vida.

—Caballero, vamos a cerrar...

Tal vez debido a un respeto reverencia' que ni siquiera él mismo, a pesar de su habilidad con las palabras, sabría definir, el viejo escritor no ha querido volver nunca a la plaza donde pasó aquellos meses. Él, igual que el viejo Ramírez cuando era un muchacho, también se marchó de la ciudad, pero no aquel verano del 36, que no pudieron ir a Cádiz, se fue algunos años después, a bordo de un barco repleto de emigrantes que se secaban las lágrimas asomados por la borda de un sucio carguero que tardaría un mes en vomitados, si las tempestades se apiadaban de ellos, en algún puerto latinoamericano. En todos ellos veía las mismas caras: veía a Stern, y a Carmen, veía a Ramírez y también a María.

Luego vinieron los libros, y la fama tardía, y el reconocimiento de los demás. Por eso volvió a su tierra casi cuatro décadas después de marcharse. Y no ha querido volver a pisar aquella plaza, vuelve la cara cuando montado en un taxi pasa tan cerca como para poder distinguir el lugar exacto donde se ubicaba la librería Stern. Quiere recordarlo todo como lo vivió, sin que el paso del tiempo perturbe la imagen que tiene de aquellos años en los que ha pensado tanto a lo largo de su vida, aquellos tiempos, los mejores, sobre los que no ha escrito ni una sola letra porque los considera demasiado íntimos para contárselos a los demás, porque sabe que quizá al escribirlos ya no sean nunca más los mismos tiempos que él recuerda.

El pasado, piensa el viejo escritor, es mejor dejarlo como está. Hace años recibió una carta de una lectora. Afirmaba llamarse María, y no había terminado de leerla cuando, sin darse cuenta, había descolgado el auricular y estaba marcando el número de teléfono anotado en la última línea. María, la misma María que había besado siendo un niño a la salida del cine Capitol, la misma María que jamás regresó de Valencia había leído un libro suyo y lo había reconocido en la portada. Vivieron en Valencia hasta el final de la guerra, le contaba. Había tenido la suerte de estar en la zona republicana cuando les pilló el alzamiento, si les llega a coger en Sevilla su padre habría sido hecho prisionero y fusilado al instante. Luego marcharon a Francia, donde murió su padre, y desde allí a Moscú, donde había permanecido hasta hacía poco.

Escuchó la voz de una anciana al otro lado de la línea y frunció el ceño. Tragó saliva lentamente, y el espejo le devolvió de repente la imagen inmisericorde de un viejo acabado. Nunca se había visto de ese modo, tan decrepito, tan triste, tan solo. La voz femenina preguntó ansiosa, incluso le pareció escuchar su nombre. Pero el viejo escritor negó despa-

cio con la cabeza, y colgó el auricular muy despacio. Se quedó sentado más de una hora, sin mover ni un músculo, recordando aquellos años. No tenía sentido remover el pasado, nada, ni la mejor novela que fuera capaz de escribir podría cambiarlo.

Pero el viejo escritor sabe que aquellos años jamás lo abandonarán, ni aun en el crepúsculo de su vida, igual que no lo han abandonado durante los años que ha pasado dando tumbos. Por todos sitios lo han perseguido las sombras de aquellos que conoció a pesar de que las dos únicas personas de las que supo fueron María y el indiano fanfarrón. Le contaron que al viejo Ramírez le habían dado el paseo al amanecer, en el descampado de Los Remedios, cerca de la ermita. Cuando se enteró en la cárcel del comienzo de la guerra, seguro de que jamás saldría libre, se puso abiertamente del lado de los milicianos presos por los soldados rebeldes. Años después, le contó un superviviente al viejo escritor que Ramírez saludaba a los guardias llevándose el puño a la sien, como los frentepopulistas, y que aquel gesto le costó más de un culatazo en los dientes antes de que se lo llevaran una noche, poco antes del alba, en un camión junto a un grupo de mineros que habían sido detenidos a las puertas de Sevilla, procedentes de Riotinto, en una columna de camiones cargados de explosivos.

Pero él ha vuelto a ver al viejo Ramírez, maldita sea, más de una vez, mucho después de su muerte, como aquella tarde en que, buscando las huellas de Hemingway tomaba un mojito en La Habana. Salió corriendo detrás del hombre del jipijapa pero desapareció tras una esquina como si jamás hubiera estado allí. Con Stern también le ha pasado lo mismo. Cada vez que entra una librería, igual que ha hecho esta tarde, y pasa el dedo por los libros colocados en los anaqueles siente el hielo de sus ojos en la nuca. Le ha pasado en Nueva York, y en Jerusalén, y también lo siente ahora, viernes por la tarde, maldita casua-

lidad, en Sevilla. Ya nada será lo mismo, le había dicho Stern cuando era un mozalbete. Cuánta razón tenía. Ya nada es como antes, ni siquiera los jipijapas, como el que ahora tiene entre las manos. Ya no se fabrican, le han contado, en Febres Cordero, sino en Ecuador, vienen envueltos en una caja de madera de balsa con la leyenda "Manufacturas Montecristi, Manabí, Ecuador", en letras impresas al fuego, y tal vez será por eso, se consuela, pero el viejo escritor nunca ha vuelto a ver a nadie calzando un panamá con la misma elegancia que lo llevaba el viejo Ramírez. —Perdone, ¿desea algo más? Ya le he dicho que vamos- a cerrar.

De un modo inconsciente, entorno los ojos frente a la mesa de las novedades y miro a través del escaparate mientras voy retrocediendo en el tiempo. Al oír la voz del librero vuelvo a sentir, y el vello se me eriza como entonces, una ráfaga helada traspasándome la nuca. Sonríó complacido al ver desaparecer de repente los semáforos al otro lado del cristal. No tengo duda de que, a poco que espere, veré aparecer a Carmen, caminando segura de sí, con ese poderío que sólo tienen las mujeres de bandera, mientras el viejo Ramírez sujeta a los dos ridículos caniches y se toca el ala del jipijapa para saludar a la muchacha que no responderá al gesto, como corresponde a una jovencita de su edad, si no bien educada, sí acostumbrada a sentir como

Febrero-junio de **2000**